

## A B D E L K R I M

por el General Honorífico de Inf<sup>a</sup>. ANDRES SANCHEZ PEREZ

### *Preámbulo*

Durante cinco años, desde julio de 1921 a mayo de 1926. Mohamed Ben Abdelkrim ejerció el poder en el Rif Central, y durante algunos meses de aquel período hizo sentir también su autoridad en comarcas del Rif Oriental, de Gomara, Yebala y el valle de Uarga, así como en algunas del norte de Taza. Abdelkrim —le llamaremos así en lo sucesivo por ser como se le conocía— no era hombre de guerra; aunque, como la mayoría de los rifeños, lo fueran sus antepasados. Las acciones guerreras de los que le obedecían —contra los españoles en el verano de 1921 (Annual) y contra los franceses en la primavera de 1925 (Uarga)—, fueron inicialmente diferentes a las que las fuerzas de los dos países protectores estaban acostumbradas a sostener contra otros rebeldes marroquíes; se caracterizaron por sorprendentes acciones de contingentes bien armados y eficaces en su sistema de lucha que, al lograr éxitos rotundos en sus primeros empujes, dieron a Abdelkrim renombre y fama e inmediatamente convirtieron su figura en símbolo de una pesadilla inquietante.

Lo que ocurría, en realidad, era que Abdelkrim había sabido utilizar y aunar dos grandes fuerzas: la que representaban los pescadores en el río revuelto de la primera postguerra mundial, y la que suponía la conocida aptitud guerrera de los rifeños; ésta le proporcionó engañosos triunfos, y aquella trajo sobre su pueblo y sobre los otros pueblos presentes en la iniciada renovación de Marruecos, desdichas y amarguras. Antes de 1921 Abdelkrim pensaba que era el rifeño más idóneo para ser primera figura de su país; en los últimos días de julio del año 21, creyó que podía llegar a ser un caudillo del Magrib al estilo de Yusuf Ben Taxfim o de Adelmúmen el Almohade.

En este trabajo, que se contrae a señalar rasgos de la personalidad de Abdelkrim y de su país, no tratamos de hacer análisis, aunque alguna vez pueda parecerlo, de hechos y de conductas, sino simplemente de decir lo que sabemos de aquel país, de aquellos tiempos y de aquellas gentes, que forman la parcela más trabajada y más sentida de muestras particulares vivencias. Desde 1918 a 1958 —¡cuarenta años!— cuando no hemos estado en tierras marroquíes,

tratando de conocer y estimar aquel subyugante país, hemos vivido en tierras españolas, sólo diez años, siempre pensando, en los distintos períodos, en volver a renovar lo que constituía como una obsesión incontenible: nuestra afección a aquellas tierras merecedoras de paz y de progreso, en las que desde el primer momento atisbamos— no sé si será un mero espejismo— ancestrales y humanas concordancias con lo más característico de España.

La publicación de estos recuerdos, apuntalados por algunas notas que iré intercalando en el texto, no tiene otra finalidad que la de dar a conocer la personalidad de Abdelkrim, con sus divagaciones y apetencias, con sus intimidades, respetando éstas en todo lo que no afecte a la verdad histórica.

Para situar al personaje en el ambiente en que se formó y desenvolvió, comenzaremos por decir algo de cómo era el Rif en tiempos pasados, tan diferente al Rif del de 1956, cuando cesó la tutela de España. De lo que España hizo desde 1921 a 1956 en el Rif, acaso tratemos en otra ocasión.

Si adquiere este trabajo visos que pueden parecer fantásticos o absurdos, téngase en cuenta que la evolución experimentada por Marruecos en todos los órdenes ha sido muy intensa en el transcurso de los años de nuestro siglo. El Rif era desconocido por los europeos; en él se actuaba a ciegas, y a veces, peor que a ciegas; engañados por falacias o argucias o arrastrados por decisiones poco meditadas como las de quien, aunque se llamase Napoleón, quiso dominar España sin conocerla.

No era fácil saber, en un día determinado, lo que al siguiente harían los rifeños; ni ellos mismos lo sabían. La anarquía de siglos, acaso de milenios, había convertido aquella tierra en un caos. Los hombres eran tan versátiles, que en media hora pasaban de la docilidad a la rebeldía, o de la rebeldía a la docilidad.

En 1847, el sultán Abderrahaman decía: «El Rif se encuentra en tal estado, que no respeta más que la fuerza, y los rifeños están dispuestos siempre a seguir al primer intrigante que por allí aparezca». El estado social del Rif era lamentable, porque el rifeño, como individuo, es más digno, útil y formal que los de otras muchas regiones de Marruecos y de otros países africanos. El Rif Central, sobre todo, siempre desgobernado, está poblado por seres en los que aparece un fondo de hombría y de dignidad que, en pocos lustros de tutela y de paz, pueden ser transformados en un material humano de primera calidad. Son gentes valerosas, trabajadoras y despiertas, parecidas a las de los fondos raciales típicamente españoles. Veamos:

### I.—*El Rif, Beni Uriaguél y Axdir.*

Hasta bien entrado el siglo xx, el Rif era desconocido hasta por los marroquíes de otras regiones, que no se aventuraban a atravesar-

lo más que en raras ocasiones y procurando siempre ocultar su personalidad y el motivo de su viaje. Los mismos rifeños, para trasladarse de una cabila a otra, se veían obligados a buscar protección y hacerse acompañar por un *zetat* (guía, amparador).

Dentro de los límites de la propia cabila, las deudas de sangre entre los *lefuf*, clanes o familias, obligaban a todo hombre que se preciase de serlo, a llevar siempre su fusil cuando se ponía en camino. Cuando surgían conflictos entre las plazas españolas de Melilla y los peñones de Vélez y Alhucemas con los rifeños fronterizos, los representantes y tropas que los sultanes enviaban desde Tánger, llegaban por mar porque los rifeños no consentían el paso a través de las cabilas, donde no servían de nada las cartas jerifianas que los acreditaban. En 1890 decía el gobernador de Melilla que los mejaznis enviados por el sultán formaban una tropa de fuerza tan efímera, que los cabileños se burlaban y se reían de ellos.

La ciencia moderna sabía muy poco de Marruecos en general, y mucho menos del interior del Rif. Las únicas referencias eran debidas a españoles: algunas databan de cerca de dos mil años, como las de Pomponio Mela; otras de cerca del milenio, como las de Abu Obaid Bekri *El Sevillano*, otras de cinco siglos, como las del morisco granadino León el Africano, o las de Mármol Carvajal. Los otros libros que pudieran contener referencias sobre el Rif, como «Le Rif Inconnu», del francés Moulieras, los de Massignon y otros no contenían más que noticias de moros viajeros. Españolas eran también las cartas marítimas y los escasos mapas del interior que se disponía.

Tan misterioso e indómito como se nos ofrecía el Rif a los españoles de hace sesenta años, debió ofrecerse a los romanos. Pomponio Mela, que dio algunas noticias, advertía que el país era poco conocido, y Plinio añadía: «Los nombres de las tribus son difíciles de pronunciar y los habitantes no viven en pueblos o aldeas, sino que se distribuyen en alquerías». Así ocurría en 1926 cuando ocupamos el país. La población rifeña vivía esparcida en la montaña o en los alcores, aún siendo densa como corresponde a un clima ideal; esparcida y mimetizada. Los 60 habitantes por kilómetro cuadrado de Beni Uriaguel y de Bocoia probaban que en aquella tierra pobre era válido el conocido simil clásico: *a orillas del Mediterráneo los hombres viven como las ranas en las orillas de una charca*. O como decían los moriscos españoles: *tanto del moro y morica como mimbreres en mimbrera y juncos en la junquera*. Pero si la población es densa entre Cabo de Agua y Gomara y entre el Mediterráneo y el Uarga, que es lo que llaman Rif los marroquíes, antes de nuestra ocupación no existía ni una ciudad, ni siquiera un núcleo urbano parecido a un pueblo modesto. Vivían en el siglo xx sin conocer más que casas aisladas, cortijadas, alquerías o *alcarrias* para emplear términos conocidos de españoles y marroquíes.

Las casas de piedra o de tapial, siempre del color de la tierra,

salpicaban las campiñas, se encaramaban en los montes o en lo alto de las colinas, esparcidas graciosamente, *como las estrellas en el cielo*, decían los del país. La distancia entre los hogares de un mismo clan era de unos 300 metros, que parecía el radio mínimo del espacio vital que una familia rifeña de pura raza necesita para vivir a sus anchas. Las ciudades que hoy existen, Nador, Alhucemas, Zaio, Zeluán, Driuchs, Targuist, Segangan, Torres de Alcalá, Einsoren..., fueron en su origen campamentos españoles. García y Bellido dice que aunque los romanos crearon ciudades y organizaron las Mauritánias, el norte de Marruecos no fue nunca definitivamente dominado ni latinizado. Las tribus nómadas en las grandes llanuras y las independientes de las montañas, fueron constantemente hostiles al ocupante. En varios lugares del Rif y hasta en lo más intrincado de sus montañas, como en Bohut y Akuir de Beni Am-mart, quien esto escribe creyó ver vestigios de dominación militar romana, que reconocidos después por arqueólogos, confirmaron la autenticidad.

La tierra que se extiende entre el Mediterráneo y el río Uarga, plegada en imponentes macizos y tajada en profundas barrancadas, constituye un territorio donde, merced al hermetismo en que ha vivido, persisten en nuestros días un idioma y unas instituciones que pueden tener parecido con los de los albores del período histórico. El pueblo, como otros muchos berberiscos, parece resultante de la fusión de diferentes tipos; pero el que predomina en Yebel Hamman de Beni Uriaguel y en la montaña de Beni Am-mart y de Gueznaia, médula del Rif, es rubio trigüeño o moreno claro, de ojos castaños, azules o verdes, vigoroso sin ser corpulento: mesocéfalos, se afeitaban la cabeza dejando en el occipital un mechón de pelo que parecía un airón bélico, como el de un yelmo de guerra, hasta que Abdelkrim ordenó que se lo rapasen. El rasgo común de los bereberes, hombres y mujeres, son los pómulos salientes. Cerca de la costa, la diversidad de tipos indica viejas aportaciones de pueblos que comerciaron o dominaron años o siglos: fenicios, cartagineses, romanos y visigodos, árabes de las primeras invasiones que fundaron el reino o principado de Nekor, cuyos límites coincidían casi exactamente con el Rif actual, y productos de cruces con razas aborígenes y con mozárabes, mudéjares y moriscos españoles que en varias ocasiones fueron expatriados y quedaron en la costa del Rif. Al sur de los macizos viven familias berberiscas de distintas procedencias, que hablan dialectos como el *taguesut* y *abdelgaia* de Ketama, diferentes al del Rif Central y más parecido, según dicen, al de la Kabilya Argelina.

Allí se aprecian algunos tipos negroides; pero de todos modos en el país no hay más negros que diez o doce familias que proceden de los esclavos que tuvieron algunos jerifes.

Lo que ocurre con el tipo humano sucede con los aspectos biológicos, sociales y económicos; en la parte central están menos contaminados de influencias extrañas. No es el Rif país de vida bulli-

ciosa, ni siquiera en los zocos, donde una vez a la semana suelen reunirse miles de personas. La gente, como la tierra, es aparentemente adusta; pero no es esquiva, y a poco que se les trate se modifica la primera impresión y pronto se deja ganar el observador o interlocutor por esa agudeza o gracejo que tiene hondas raíces en ambientes donde la faramalla no tiene asiento. Algo parecido se siente ante los paisajes que en miles de kilómetros cuadrados aparece rudo y si acaso lleno de bárbara belleza: la tenebrosa barrancada de Buailma, entre Beni Uriaguel y Beni Tuzin, el cauce del Uarga, en Beni Bechir, las manchas colosales verdinegras y sombrías de los cedros en las altas montañas, la costa alta y rígida de Bocoia, son asombros de los que dijo algún geógrafo, algo ditirámico, que *antropoforman espartanamente*; a primera vista hasta repelen; parece que allí no puede haber más que peligros y sorpresas no gratas. Cuando uno se familiariza con tan ásperas bellezas, termina fascinado.

En países de tan brava geografía los hombres tienen que ser duros y valerosos como lo son en todos los territorios del mundo con parecidas características. Los rifeños tenían que serlo, además, por razones histórico-políticas.

La palabra *Rif*, que significa borde u orilla, no se refiere al mar: indica que se consideraba como borde de los países islámicos, peligrosamente cercano a una tierra europea del continente que fue varios siglos dominio islámico y había dejado de serlo. Era natural que emires o sultanes procurasen por todos los medios, que estuviera guardada por tribus combativas y celosas de su independencia por *muyahidín* (guerreros de la fe islámica). La bahía de Almuemas se llama entre ellos *Marsa el Muyahidín* (ensenada de creyentes). En tiempos preislámicos algunos investigadores dicen que el Rif era territorio de la célebre tribu de los Baquatas que fueron cristianos en los últimos tiempos de la dominación romana; Carcopino, en cambio, cree que los Baquatas ocupaban el Atlas Medio, y aunque no lo asegura, dice que en el Rif pudieron vivir los Masaesyles, que es como llamaba Plinio a los más antiguos habitantes de Marruecos. En resumen, del Rif antiguo se sabe poco. No parece que exista allí epigrafía latina abundante como en la región de Larache, Tetuán y Mequinez, Salé y Tánger, regiones que estuvieron latinizadas y donde el *Crismon*, monograma de Cristo, aparece en muchas sepulturas.

La guerra fue tan frecuente en el Rif, que cuando no guerreaban con los extranjeros, lo hacían contra el sultán, y antes contra el emir, o encendían luchas de exterminio entre tribus o *lefuf* (pl. de *lef*, alianza). La costa, con la sola excepción de la gran bahía de Almuemas, es tan empinada que ha merecido el nombre de Costa de Hierro; ahora hay en ella un puerto muy acogedor, que hizo España en la Cala de los Islotes, uniendo éstos con la costa para proporcionar abrigo de Levante. La costa fue, hasta nuestro desembarco en 1925, refugio de piratas.

Bastará recordar algunos casos de embarcaciones que pertenecían a pueblos que jamás habían tenido conflictos con los rifeños ni tenían con ellos cuentas pendientes. En 1845 embarrancó un navío prusiano en la costa de Bocoia, cerca de Busieur; fue pronto abordado por los rifeños, que dieron muerte a la tripulación. Meses después, al no conseguir satisfacción del sultán de Marruecos, para tratar de ejercer represalias, costeaba el Rif una pequeña escuadra al mando del príncipe Adalberto, primo del rey de Prusia. Los de Bocoia hicieron fuego desde la costa, y el príncipe, al mando de un núcleo de marinería, saltó a tierra. Atacados por los rifeños, se vieron forzados a dejar algunos marineros muertos y a reembarcar con el príncipe gravemente herido en el combate.

En 1896 y 1897, respectivamente, se apoderaron los rifeños de las embarcaciones *Fiduccia*, italiana y *Prosper Corué*, francesa; ésta fue abordada por cárabos de Bocoia, que la despojaron de cuanto llevaba. La socorrió el vapor español *Sevilla* que capturó a tres cárabos y 33 prisioneros a costa de tres muertos y siete heridos de la tripulación (10 octubre 1897). Ante las reclamaciones de las naciones respectivas, el sultán envió una expedición al mando de Busta el Bagdadí, quien con el apoyo de Beni Uriaguel, la cabila vecina, pudo inflingir un castigo ejemplar a los de Bocoia, del que conservan amarga memoria. Durante la guerra del 1914 a 1918 arribaron a la costa del Rif varias lanchas de salvamento de un buque inglés torpedeado: sus 24 tripulantes fueron hechos prisioneros y fueron rescatados mediante una crecida suma, después de laboriosas gestiones por las autoridades españolas del Peñón de Alhucemas. Los actos de piratería contra pesqueros españoles y portugueses eran frecuentes. En un libro de Otto Aribauer publicado en Stuttgart (1911) intitulado *Riffpiraten* se encuentran precisiones sobre la piratería rifeña de los últimos siglos. Digamos sin paliativos que el Rif era un oprobio y un peligro para el mundo; constituía el más auténtico ejemplo de lo que en árabe se llama *belad es-saiba* (tierra rebelde). Su continua hostilidad contra todo poder exterior y contra el de los soberanos de Marruecos, solamente permitió que, a costa de mucha sangre y mucho dinero, cartagineses, romanos, visigodos, árabes, turcos, españoles, soberanos marroquíes, pudiesen establecer guarniciones en puntos de la costa y utilizar e interesar a los rifeños en empresas de paz o de guerra; pero nunca dominar ni mantener tranquilo el país.

El reino o principado de Nekor, fundado por el árabe Saleh el Himiari cuando los musulmanes irrumpieron en Maruecos, persistió durante 353 años y fue, durante la mayor parte de este largo período aliado de los soberanos de Córdoba. Tuvo su capital en la vega de Alhucemas, cerca del río Nekor. Iben Jaldún y el polígrafo sevillano El Bekri dan curiosas y amplias noticias sobre el interesante principado, que sólo en algunos libros de historia de España figura como de pasada. Algunos historiadores, como Antonio Blázquez en 1916,

y Cajigas, no hace muchos años, se ocuparon de este asunto; el primero decía que sería de sumo interés para nuestra historia la localización de los posibles vestigios de la capital. En 1926 se ocupó la vega del Nekor, y en 1933, cuando era interventor militar de Beni Uriaguel el que escribe este opúsculo, indagó y creyó haber descubierto lo que se pretendía: aparecieron restos de edificaciones de un baño público, de una mezquita, de mosaicos, cerámica de la época, monedas de Nekor y de los aglebís, sus contemporáneos, escorias de fundición muy abundantes, trozos de vidrio plaqueado con plata y caracteres cúficos, candiles de barro y restos de cerámica de la misma factura, todo igual a vestigios procedentes de Medina Zahara, de Córdoba. Se hizo una memoria, que acompañada de croquis y fotografías fue enviada a la Academia de la Historia en febrero de 1934. En la prensa de aquella época consta que se recibió. Después, por una serie de circunstancias, entre ellas nuestra guerra, no ha podido saber, quien puso interés en la localización, si los historiadores han tomado o no en consideración todo aquello. Para que de algún modo no se perdiese todo el rastro de las modestas exploraciones, en los números de abril y noviembre de la revista *Africa* del año 1942 publicó el autor de este trabajo sendos artículos con croquis y fotografías ampliando algo de lo remitido a la Academia. La historia de Nekor fue agitada; pero quién sabe si Abdelkrim, que tenía sus ribetes de erudito, trató de renovar aquel reino. Si fue así, o si a algún uriagli se le ocurriese pensar en tal cosa, lo mejor que se le puede decir es que lea despacio el poema que Abu Yafer el Merudi hizo en tiempo de Abderrahamán III cuando los fatimíes asaltaron Nekor, y que piense que, si Said Ben Saleh y los suyos, gente de calidad portentosa, apoyados por Córdoba terminaron por sucumbir, las desmedidas aspiraciones de Abdelkrim no tuvieron en cuenta la lección. El Rif no puede desgajarse de Marruecos; debe aprender las lecciones del pasado porque, si bien la historia no se repite con exactitud matemática, parece que todavía tienen algún valor lo de que «iguales causas producen los mismos efectos». Aunque siempre receloso, y casi siempre rebelde, parece que el Rif conoció épocas mejores que las de los últimos siglos. Michaux Bellaire (1) en «Historia de los santos del Rif» dice que al final de la dinastía merinida había centros urbanos en los que la mayor parte de la población era de origen andaluz y tenían en los aspectos político, económico e intelectual, relaciones constantes con la Península española por el fácil camino del mar. Cuando los musulmanes perdieron el reino de Granada y las relaciones cesaron, el Rif quedó como una flor arrancada de la planta donde había nacido.

Abandonadas a sí mismas aquellas poblaciones, privadas del vivificante apoyo exterior, aisladas de Fez por un intrincado sistema mon-

---

(1) Ceuta, Ed. Hércules 1926.

tañoso difícil de atravesar, terminaron por desaparecer. Hoy con carreteras y automóviles no hay aislamiento y se mire como se mire, es una parte integrante y vital de marruecos.

Si por su situación central y por su historia era Beni Uriaguel la cabila que ejercía mayor influencia en el bloque rifeño, Axdir, desde la desaparición de las ciudades, venía siendo la cabeza rectora de Beni Uriaguel, que era «primus inter pares», de las cabilas.

Alrededor de las ruinas almoades de Mesen-ma y de su castillo, frente al islote de Alhucemas, que es español desde 1663, el poblado de Axdir ocupa una gran extensión con sus casas diseminadas apoyadas en las faldas de Yebel Sel-lun y de otras alturas rocosas. Los pobladores, que tienen tierras de regadío en la Vega del Guis, por su vecindad con la pequeña plaza española del Peñón de Alhucemas, que era por donde entraban las mercancías de Europa y América, vivían mucho mejor que los del interior; realizaban un beneficioso comercio de intercambio comprando a los montañeses almendras, miel, cera, pasas, manteca, huevos, pieles, nueces, y compraban en los comercios del islote tejidos, hilaturas, ferretería, velas, azúcar, sal, tabaco y cerillas, té, harinas, conservas de pescado..., que vendían a los del interior, a trueque casi siempre. La única moneda que allí circulaba era los duros y pesetas españoles. El *duro* de plata (no admitían papel moneda), tenía un prestigio elevado y altisonante que se extendía a todo el N. de Africa y entraba en grandes cantidades por aquel brazo de mar de 600 m. de longitud, que separa el Peñón del poblado de Axdir, en las viejas bolsas de cuero de los axdiris avispados, a quienes españoles y rifeños conocían por *Chifa, Sultán, Maalem, Quijote, Correo, Muerto, Misera, Lobo, ...*

Todos los de Axdir hablaban español y algunos visitaban con frecuencia Ceuta y Melilla y conocían Málaga, Almería, Gibraltar, Estepona, Marbella, Algeciras y otros puntos de la costa española.

Al finalizar el siglo XIX, las familias más influyentes eran las de Boryla, Ched-di y Sid Bu-beker.

## II. *Linaje, infancia y mocedad de Sid Mohand Ben Abdelkrim.*

Nació en Axdir en 1883 en una casa situada en lo alto de una loma desde la que se domina la bahía y el islote de Alhucemas, que dista de ella unos dos kilómetros de huerta y playa y 600 metros de mar.

Los Ulad Zian, sus antepasados, eran rifeños pero no uriaglis. Su padre, Sid Abdelkrim, era alfaquí y fue después Kadi (juez) de Axdir. A últimos del siglo XIX se hizo muy amigo del capitán de la oficina de asuntos indígenas del Peñón de Alhucemas, que le había pedido un informe sobre Beni Uriaguel. Hizo y entregó pronto el trabajo, detallado y escrupuloso. Era entonces el padre del que después fue adalid, alfaquí contratado de la mezquita; a cambio de

atender al culto y a la enseñanza del Corán a los muchachos, recibía un subsidio anual que pagaban los vecinos a prorrateo: unos mil kilos de cebada y algunos otros alimentos de lo que producía el país, de añadidura. Cada niño de los de la escuela le llevaba un huevo cada semana. Se ayudaba para sostener la familia cosiendo chilabas y como amanuense o menorialista, y en los zocos escribía amuletos y talismanes, que le pedían sobre todo las mujeres, para amar o ser amadas. Era hombre inteligente, simpático y persuasivo. Tenía buena figura y buen semblante. Contrajo matrimonio con la hija del Kadi Sid Ahmed de Chando (Tamasint, uno de los centros vitales del interior de la cabila, inmediato a un zoco frecuentado por gente de la montaña). El matrimonio le proporcionó cierto ascendiente, pues su suegro era respetado por ser de familia morabítica y acomodada. El matrimonio se instaló en casa del padre del contrayente, entre los Ulad Zian de Axdir, y de la unión nacieron dos varones y cinco hembras. El mayor fue Sid Mohand. Los Ulad Zian eran oriundos de la cabila rifeña de Gueznaia, poblado de Ihadrien, país muy montañoso y agreste, a unos 80 kilómetro al S. de la costa. Debieron de establecerse en Axdir a últimos del siglo XVIII y lo hicieron en un paraje de la Yemáa que, por la inferior calidad de su suelo, no estaba poblado. Se trata de un lomo calizo entre dos barrancadas, en cuyos fondos, cuando llueve, discurren arroyuelos hacia la vega. El barrio que allí formaron los Ulad Zian, siempre con las viviendas diseminadas, se llama *Esdid* u *Cherik* (nuevo y asociado) nombre que indica la relativa modernidad de la instalación. Habían sido exiliados de Gueznaia como consecuencia de una lucha entre bandos de Ihadrien, fracción de Ait Yunes. El consejo de los *Ait Arbain* (cuarenta vecinos) para sancionar la muerte de sus enemigos había decretado el pago de una multa y el alejamiento de la tierra donde nacieron; el destierro era la mínima pena que se imponía a los reincidentes en homicidio. Un siglo después, en Esdid u Cherik vivían los descendientes: familias de Abdelkrim, del Hach Sid Mohand, de Hadú Sid Zian, del Hach Sid Hamú, y de Amegar. Todos los varones de estas familias desempeñaron, bajo el mando de Abdelkrim, cargos importantes, caso típico de nepotismo de quien usó los títulos de Presidente de *Yemauría Rifía* (confederación de Yemáas rifeñas), Sultán del Rif ty hasta *Amir el Mumenin* (píncipe de los creyentes, como el de la batalla de las Navas). Su hermano Mehand fue su Jalifa y caudillo de guerra; su cuñado Budra jefe de tropas, su otro cuñado Azarkan (*Pajarito*) ministro de finanzas; otro cuñado, Mohamed Mohamedi, Secretario General; su tío Abdeselam, hermano de su padre, del que algunos rifeños decían que era la eminencia gris de la familia, Presidente del Consejo de Ministro; Sid Hamú, su primo, Jefe de la Guardia Personal; Amegar, Director de Prisiones; los familiares de sus dos mujeres, los de la de su hermano y otros allegados, tampoco salieron mal librados en la adjudicación de cargos.

Ni entre la gente de Axdir ni en Alhucemas habían sido conocidos los Ulad Zian con el patronímico *Jatabi*. No he podido averiguar cuándo comenzaron a usarlo los familiares. A los de la fracción inferior de Ait Yusef u Ali, de Beni Uriaguel, se les llama Ait Jatab, y de este modo todos los muchos poblados entre ellos los de Axdir, pueden ser Jatabien y cada uno de ellos Jatabi.

En Axdir la gente se sonríe cuando se pregunta lo de Jatabi; creen que fue una invención que se le ocurrió en Melilla, cuando empezaba a medrar, para hacerse pasar por descendiente de Aomar el Jatab, compañero del profeta Mahoma. Según el Bojari, Aomar fue el fundador de la institución del Habús: poseía un predio que apreciaba mucho y preguntó un día al Profeta:

—«¿Qué me convendría hacer con él?».

—«Si tú lo quieres, inmovilízalo y repartiremos los productos en obras benéficas» —dijo Mahoma.

De ahí nace la institución del *Habús* (pl. *Ahabás*) bienes de carácter religioso para necesidades benéficas de gran importancia en países musulmanes. Al dictar Abdelkrim sus *Memorias* al periodista francés Roger Mathieu, no se atrevió a decirle que era descendiente de Aomar, pero le dijo:

—«Somos de los Ulad Mohamed Abdelkrim, originarios del Heyad, precisamente de Yambo, a orillas del mar Rojo. Un antepasado nuestro se llamó Zarra de Yambo y mi familia vino a Marruecos hacia el siglo III de la Hégira y se instaló entre los Beni Uariaguel».

No es cosa de investigar sobre ello. Abdelkrim, físicamente, no era un tipo árabe; de estatura mediana, cara más bien redonda, cuello corto, pelo castaño tirando a rubio; su figura tenía, como rasgos característico, la mirada penetrante de los ojos oscuros casi negros y sonrisa casi perenne, que se convertía en gesto de ira en momentos de impulsibilidad. Podía descender de árabes, pues, en Arabia hay algunos tipos físicamente parecidos. Lo que no resulta cierto es lo que dijo después a Mathieu:

—«Desde hace más de diez siglos mi familia mandaba en el país.»

J. du Taillis, otro francés que le entrevistó, más cauto, reduce los siglos a seis, pero trata de una Zauia de los Ulad Abdelkrim desconocida, porque si se refiere a la casa de su madre, en Tamasint, que ciertamente tuvo alguna influencia, no se llama de Abdelkrim, sino de Sidi Aixa. Ante estos afanes de buscarse a todo trance un origen noble, viene a la memoria la frase de Cicerón: «Mientras muchos descienden de patricios ilustres y su linaje acaba en ellos, yo, que desciendo de labradores pobres, puedo decir que mi linaje comienza en mí». Su madre se llamó Fet-tuch, fue la única mujer de su padre, y todos los que la conocieron dicen que, con lágrimas y ruegos, trataba de contener las iras de su hijo cuando se estrellaban en los prisioneros españoles. En nada se diferenció la vida infantil de los Ulad Abdelkrim de las de los otros arrapiezos rifeños que alter-

nan el aprendizaje del Corán con juegos marciales o de destreza más o menos deportiva. Acaso, de aquellos años, lo que más recordaría Mohand es la primera visita que hizo al islote de Alhucemas acompañando a su padre. Sería inquietante para él, porque allí estaban los españoles, a quienes no conocía, y de quienes tendría una vaga y deformada idea por la ojeriza que le habían transmitido otros muchachos mayores que él; se habría asustado alguna vez al oír las salvas de los cañones de la plaza al celebrar el santo del entonces rey niño, Alfonso XIII, un rey que todavía no mandaba porque era tres años más pequeño que él.

Cuando embarcó en el cárabo y éste se adentró en el mar, que veía todos los días desde su casa, unos días tranquilo otros aborrecido, la emoción le nublaría la visión de aquel mundo minúsculo del islote rocoso con la reciedumbre de los muros y el brillo de los cañones oscuros; pero pronto le tomó en brazos su padre y, cuando le dejó en tierra, sintió el frío del puño de oro del bastón de don Pablo Artal Abad, Comandante de Estado Mayor de Plazas, Gobernador de la isla del que era amigo de su padre, que le acariciaba la mejilla.

Don Pablo era el perfecto militar de la época: mostacho y perilla, ojos grises e indagadores bajo la charolada visera de la teresiana rígida, de tubo, galoneada; digno sucesor del primer Gobernador de Alhucemas, don Francisco López Moreno, capitán de la Infantería Española y de la Armada Real del Mar Océano, Alcalde y Justicia Mayor de la Plaza cuando fue ocupada en 1663, reinando Su Majestad Católica Carlos II.

Cuando Mohand volvió otras veces a la plaza conoció a varios niños hijos de militares y comerciantes españoles, y jugó con ellos en la plazoleta del Gobierno, mientras entraba en él su padre a charlar con el comandante Artal o con el que después fue gobernador, comandante Terrón. No se enteraba Mohand de aquellas conversaciones; pero su padre salía contento y antes de embarcar en el cárabo le acompañaba a los comercios, donde compraban muchas cosas pagándolas con aquellos duros rutilantes que tenían grabada la efigie del rey niño del pelo ensortijado.

El hijo de aquel alfaquí de Axdir y amigo e informador del Gobernador de la plaza tuvo sus primeros contactos con los españoles en el ambiente asfixiante de un islote fortificado y superpoblado, donde se vivía en continuo chismorreó, y donde las cuestiones más ínfimas daban lugar a trifulcas. La llegada del barco correo, que a veces se retrasaba por el mal tiempo, era el acontecimiento único que sacudía el tedio de aquel mundillo desgajado de la esfera o esferoide donde vive la Humanidad: traía casi siempre nuevas caras, noticias cartas, encargos de cosas que tan necesarias y tan apreciadas eran por no poderse adquirir más que muy lejos de allí, prensa, libros y abastecimientos de todas clases, empezando por agua potable, mucho más apetecida que la de los aljibes no siempre limpios. Aquello era un

*presidio*, palabra que si tiempo atrás significó ciudad o fortaleza guardada por soldados, entonces, sin dejar de ser así, era también lo que hoy significa tan ceñuda palabra. La guarnición se relevaba con frecuencia, mientras los penados permanecían allí años, algunos muchos. Conocería porque era una de las rarezas que se conocía tan pronto como se entraba en el recinto (700 metros lineales, 170 de largo, 80 de ancho, 27 de altura sobre el mar, 350 habitantes de ellos 70 confinados) conocería, decíamos, al penado Lucas Vidal, que, condenado por tres Audiencias, murió el 15 de julio de 1903, a los sesenta y nueve años, de los que pasó treinta y nueve en aquel recinto, trasladado de otro más reducido (Vélez de la Gomera).

Los penados trabajan en obras y servicios de la plaza y era con quienes los moros que iban a comprar se relacionaban más. En algún tiempo hubo confinados por delitos políticos, pero en aquella época, si los había, iban a Chafarinas y en Alhucemas y Vélez quedaban sólo delincuentes comunes de la peor calaña de la Península y sus, entonces, a punto de perderse o perdidas ya, grandes islas del Caribe y Filipinas. El muchacho rifeño oíría expresiones, rumores, maldiciones, poco edificantes para su formación campestre. Cuando después del tratado de 1904, en el que se decidió la intervención en Marruecos, desapareció de los Peñones la población penal, Abdelkrim tenía veinte años y era su padre, entre nuestros amigos del campo rifeño, el que más visitaba la isla y el que pedía más favores al entonces gobernador comandante Arqués Echevarría. El estado español abonaba algunas pensiones a significados del campo; la de más cuantía era la del padre del joven que en la escuela y en los comercios de Alhucemas, con excelente aprovechamiento, había aprendido nuestro idioma, que hablaba y escribía con rara perfección; era infatigable lector de periódicos y revistas y no se le daban nada mal la contabilidad, la charla ingeniosa, los formulismos sociales corrientes y todas esas cosas que conviene saber a los veinte años para empezar a bandearse por sí mismo. Con cuquería rifeña, los saberes árabes que pudieron enseñarle su padre y algún otro alfaquí, y con los españoles que adquirieron en el Peñón, se fueron él y su tío, hermano de su padre, Abdeslam, a preparar en Fez su ingreso en la Universidad del Karauien. Dos años permanecieron cursando estudios en las medarsas (colegio) *Atarin* y *Sefarín*. Anotemos que en los últimos años del Protectorado se mostraba a los turita en la primera medarsa la habitación que ocupó Abdelkrim. El guía que la enseñaba decía: ¡*Bit es-saaim er-Rif!* (habitación del liberador del Rif). Por entonces, Bu Hamara (*El de la Burra*), santón, exorcista y belicoso, se había hecho dueño de Marruecos Oriental y negoció con una compañía francesa y otra española la concesión de los yacimientos mineros el Uixan y Afra, en el Rif. En Fez, profesores y alumnos se dedicaban más a la polémica y luchas políticas que a los estudios. Había partidarios de Bu Hamara, el Rogui, de Muley Mohamed el Tuerto, de Muley Abdlaziz y Muley Ha-



Si Mehamed ben Si Abdelcrim, hermano de Abdelcrim *el famoso*, cuando estudiaba en Melilla.



Esta foto fue hecha el 21 de Noviembre de 1926; tiene, pues, 47 años... En ella está el entonces Capitán Sánchez Pérez —el cuarto empezando por la derecha, sentados—, autor de este artículo. El último de esta misma fila (x) es Si Hosain Bunseri, que facilitó a Abdelcrín la cuerda con que éste la noche del 23 de diciembre de 1915, intentó fugarse de Cabrerizas.



Abdelcrín, sentado en la tarima de la izquierda, formando parte del tribunal para exámenes de árabe en La Escuela Hispano-Arabe de Melilla, de la que era profesor.

Año 1917

fid, entre los que se movían agentes de distintas naciones europeas que activamente apoyaban a unos y a otros. Abdelkrim dijo que cuando era estudiante en Fez fue intermediario entre los ministros del Majzén y su padre, que era el jefe guerrero y político del Rif. No parece cierta la revelación. Entonces no representaba su padre el papel que le asigna. El padre de su madre con el Hach Ched-di, que era el jefe, luchó con otros muchos rifeños contra Yilali, un caid que Bu Hamara mandó contra los Beni Uriaguél, al uqe derrotaron. El padre de Abdelkrim en aquella ocasión no luchó y lo que hizo fue pedir ayuda a sus amigos los españoles. Cuando Abdelkrim regresó de sus estudios, que no debieron ser muy laboriosos, estuvo una larga temporada en la plaza de Alhucemas; ejercía de intérprete en la Oficina de Asuntos Indígenas y se ayudaba como dependiente de los comerciantes Las Heras e Ibanco. Por entonces acompañó a su padre en un viaje que hizo a Melilla para pedir audiencia al general de la plaza y rogarle que diese a su hijo algún destino allí. Le nombraron auxiliar o monitor de la Escuela Hispano-Arabe, que dirigía don Francisco Samper, y fue profesor de Alcorán para los niños musulmanes. Le nombraron también «catib» o escribiente en Asuntos Indígenas de la Comandancia de la plaza; entró en la redacción del «Telegrama del Rif» donde se encargó de la sección árabe. Se tradujeron algunos de sus trabajos en el periódico. Eran estos trabajos como tenían que ser; hinchaba telegramas del mundo árabe y de España con estilo correcto, y los comentarios ampulosos exaltaban todo lo favorable al movimiento de «los jóvenes turcos». Respetuosísimo y afecto a España, aparecía moderado en ideas políticas cuando comentaba nuestras noticias. Con los pluriempleos, reunía ya decorosa remuneración, que le permitía frecuentar amistades. Por entonces, 1907-8, fue amigo de Silvestre, que era comandante de caballería; después veremos que le recordaba cuando, en 1926 marchaba a su confinamiento y negaba rotundamente el enfrentamiento personal que se les atribuyó; explicó que no pudo ocurrir porque desde 1908 no volvieron a encontrarse.

### III.—Orto, apogeo y ocaso.

La actuación de Abdelkrim en la Oficina de Asuntos Indígenas parecía leal; al igual que en la Escuela Hispano-Arabe; en la Oficina se mostraba eficaz y todavía tenía tiempo para granjearse amistades entre los españoles, que le sirvieron para que las compañías mineras le gratificasen con largueza como asesor y perito sobre autenticidad de documentos árabes de propiedad de terrenos, *mulquias*, que interesaba adquirir a las Compañías.

Por entonces fue a Málaga a examinarse de Magisterio en la Escuela Normal, donde le aprobaron. En la Oficina se elevó de pronto desde simple escribiente a Asesor Político. Algunos jefes descon-

fiaban de tanta actividad, que les parecía bastante mangoneadora y refitolera. De pronto, su padre, que hacía frecuentes viajes a Melilla, empezó a tener en Axdir cierta influencia. Los varios oficios de su hijo producían pingües beneficios, y poco a poco, sin dejarlo definitivamente, fue desentendiéndose de la escuela y del periódico. Quienes deseen conocer con algún detalle la influencia de Abdelkrim en las empresas mineras, pueden encontrar curiosas noticias en «La pacificación de Marruecos», de Manuel Galván, Imp. Servicio Geográfico del Ejército. Madrid 1965, páginas 11 a 99.

Hacía vida de soltero; le gustaba Melilla, los cafés donde se charlaba, y tenía algún amorío con una malagueña del barrio del Polígono, por lo que su padre le aconsejaba que se casase en Axdir; decía que entre el trámite, las cavilaciones que le proporcionaban sus cargos y su deseo de emprender un largo viaje para conocer el mundo (después no lo hizo), no tenía tiempo de pensar en el matrimonio. En el año 12 ayudó al capitán Barbeta a conseguir el rescate de unos soldados españoles prisioneros en Beni Said, y por ello se le concedió la Cruz de Isabel la Católica y una cruz blanca del Mérito Militar pensionada. En el año 13 renunció al cargo de profesor de árabe y chelha, por haber sido nombrado kadi (juez) en la región de Melilla al implantarse el Protectorado. Se emprendía entonces la labor preparatoria para la implantación del nuevo régimen de protectorado en el Rif Central y ayudó a organizar el partido afecto a España en Beni Uriaguel, a cuyo frente consiguió que figurase su padre. Este había sido de los años 8 al 13 agente activo de propaganda española en Axdir. En enero del 10, en una lucha entre nuestros amigos y los partidarios de la guerra, resultaron en Axdir veinte muertos y numerosos heridos de ambos bandos. Durante la noche del cinco al seis de noviembre de 1911 fue atacada la casa de Abdelkrim padre, donde éste se defendió con algunos parientes y amigos; al fin se vio obligado a retirarse a la playa, donde se defendió dos días más con sus familiares y los de su vecino y amigo Gayaya, hasta que pudieron refugiarse con sus familias en la isla, desde donde se trasladaron en barco a Ceuta y fueron a Tetuán, que no estaba todavía ocupada por los españoles.

Tres influyentes de Axdir se disputaban entonces el primer puesto entre nuestros amigos el Jerife Sidi Ahmed Boryla, El Hach Ched-di y el padre de Abdelkrim.

El más enérgico de ellos era Boryla; el más sagaz, Abdelkrim, y el más influyente, por ser más rico, Ched-di. En Melilla ganó Abdelkrim la partida. Los Gobernadores de la Plaza de Alhucemas aconsejaron siempre que no se actuase exclusivamente por mediación de los Abdelkrim, pero el padre figuraba en cabeza de la lista de pensionados y se contaba con él antes que con otro. A principios del año 14, por dahir del Jalifa de Tetuán, se nombró a Abdelkrim hijo, Presidente del Tribunal de Apelación (*Naib del-Kadi Kodat*), importante cargo que le revistió de autoridad para ejercitarse como

orador en actos oficiales y en reuniones, donde aparecía siempre como representante y portavoz de los rifeños. Con ese prurito de los españoles de conceder honores desorbitados a extranjeros, le nombraron vicepresidente del Ateneo de Melilla (Sección de Asuntos Africanos). Vivía en la calle del General Margallo, cerca de la relojería Alemana; tenía cocinera española vieja y un criado moro, muchos amigos españoles militares y paisanos, varios israelíes, entre ellos su íntimo Benaim, antiguo amigo de Alhucemas. En cuanto a los musulmanes de la ciudad, únicamente se relacionaba con dos o tres significados y ricos. En aquel tiempo se fraguaba la primera guerra europea y los moros de Beni Uriaguel se veían solicitados por alguien más que España, que tenía la misión europea de implantar el protectorado en el país. Alemania se valía de la acaudalada casa Mannesman, que desplegaba extraordinaria actividad. Francia, atenta a estos movimientos, utilizaba su experiencia de Argelia y Túnez, y movía sus equipos de especialistas. Otras naciones y grupos financieros, buscando apoyos firmes en la costa tan cercana a Gibraltar, vigilaban y actuaban. Los rifeños, al ver que se les solicitaba por varios lados, abrieron las puertas de sus apetencias; éstas originaban luchas cabileñas. En estas lucha perdieron la vida, entre otros muchos, dos jóvenes valerosos y bienquistos influyentes amigos de España: Hammedi Muna y Sidi Abdselam Boryila.

Abdelkrim y los suyos fueron germanófilos antes y después de estallar aquella guerra, porque los Mannesmann daban más dinero que nadie. Después de la declaración de la guerra, Abdelkrim en Melilla razonaba su germanofilia con argumentos de la prensa de Egipto y Turquía, de la que era en la plaza único lector. Después de la campaña el año nueve en las cercanías comenzó la época de los contrabandos de armas a gran escala. El 28 de febrero del año once, un gran velero holandés, el *Loril Grien*, perseguido por un cañonero español, naufragó en las costas del Rif; había alijado en tres puntos de aquella costa centenares de fusiles y armas cortas con muchos miles de cartuchos. Se ahogaron tres marineros contrabandistas y los demás se internaron en Bocoia. El conocido por Sibera, de esta cabila, fue quien dirigió éste y otros contrabandos. Abdelkrim se había hecho sospechoso por su amistad con Sibera (después durante su mando le fusiló). Después que comenzaron a explotarse los yacimientos del Uixan empezó Abdelkrim a ofrecerse a los agentes de los alemanes para conseguirles concesiones en Yeben Hamman, el gran macizo de Beni Uriaguel, donde se suponía que había ricos yacimientos. Muchas veces dijo que no quería para él y sus deudos se repitiera aquello del Nuevo Mundo, donde se cuentan trueques de baratijas por tesoros fabulosos. Para procurarlo evitar, se afanaba en ilustrarse y animó a su hermano Hehamed, trece años menor, para que fuese a la escuela española y después poder estudiar para ingeniero de minas. Fue a los doce años a la escuela del Peñón y entonces sería cuando le conocía el doctor Bastos por *Jesusito*.

A lo largo de este trabajo diremos algo de este rifeño que fue bastante más valeroso, más humano, más inteligente y, en una palabra, mejor persona que su hermano. Los alemanes vieron pronto en Abdelkrim un instrumento valioso. Gracias a su amistad y a la de Ismael Chaldi, hijo del caid de Farhana, que era protegido alemán, el agente Farle consiguió introducir en Beni Uriaguel muchas armas, y el mismo agente, con Budra, que se casó más tarde con una hermana de Abdelkrim, y Al-luch Ben Ali Rubio organizaran harka que luchó al comienzo de la guerra europea al N. de Taza contra los franceses mandados por Abdelmalek Mahedin, nieto del célebre Caudillo argelino del siglo XIX, Abdelkader, que vivía en Tánger y se trasladó al Rif. Farle parece que murió misteriosamente en 1916. Hasta la terminación de la guerra estuvo también junto a Abdelmalek otro alemán Heman Bartels, amigo y protector de Abdelkrim. Mientras hostigaban a los franceses en Gueznaia y en el Uarga, éste, en Melilla, arreciaba en sus manejos y propagandas. Parece cierto que Farle entregó a Abdelkrim y a Chaldi 70.000 duros españoles para sus trabajos de organizar la harka, y si ésta no llegó a emplearse a fondo, fue porque la neutralidad española impidió que los alemanes se moviesen en Melilla con la desenvoltura necesaria, y obstaculizó aquellos manejos en los territorios ocupados por nuestras tropas.

Lyautey se quejaba de que los agentes alemanes actuaban en Melilla, y para dar al Gobierno francés una prueba de nuestra actitud estrictamente imparcial, se tomaron en consideración ciertas denuncias concretas, una de ellas contra Abdelkrim. Fue éste detenido y se nombró Juez Militar al capitán Sisto Robelló, ante el que declaró Abdelkrim lo siguiente el día 15 agosto 1915.

- 1) Que odia a los franceses y por ello busca cuantos medios pueda para la lucha.
- 2) Que desea el engrandecimiento del pueblo musulmán y anhela la independencia del Rif no ocupado.
- 3) Que el actual conflicto europeo, al resolverse, puede cambiar la zona y condiciones del protectorado español, limitando aquélla y reduciendo ésta a lo ocupado hasta el día.
- 4) Que el partido «jóvenes turcos» trabaja para el levantamiento del Islam contra los aliados.
- 5) Este levantamiento equivale a la declaración *yihad* (guerra santa) contra todos los que pretenden la opresión del Islam.
- 6) Su padre y él han abrazado con entusiasmo esta idea y por ella laboran, sin que nada pueda hacerles desistir de esta idea y de sus propósitos.
- 7) Su primer trabajo será establecer un gobierno en la zona no ocupada, un Majzén, que una vez establecido, podrá pactar con España.
- 8) La primera consecuencia de sus trabajos será la imposición de un impuesto de guerra en Beni Uriaguel y demás cabilas no ocupadas por España.

9) Después se formarán harkas, sin que esto represente un acto de hostilidad, pues si bien montarán una fuerte guardia en el Kert, ésta no hostilizará a los españoles si no avanzan, aunque se opondrá si lo hicisen. Tiene la esperanza de que al finalizar la guerra europea, uno de los acuerdos que se tomen sea la independencia del Rif no ocupado.

10) Su padre no volverá a Alhucemas ni vendrá a Melilla a visitar a S. E. el General de la plaza.

11) Considera como la muerte de su pueblo la ocupación de Beni Uriaguel por España.

12) España debe conformarse con lo ocupado y prescindir de lo demás.»

Al terminar y firmar esta declaración, fue conducido al fuerte de Cabrerizas Altas, donde quedó incomunicado y se le incoó expediente que pronto fue sobreseído, aunque la autoridad dispuso que quedase en la fortaleza en calidad de preso político.

Anticipándose nueve años a los acontecimientos, en su declaración se erige en caudillo del Rif y enemigo irreconciliable de los franceses, aunque dispuesto a un acuerdo con los españoles a condición de que éstos renuncien al empleo de la fuerza ante el establecimiento de un verdadero Estado, que él creará incrustado en el de Marruecos a base de la cabilla más anárquica de una nación, que desde los tiempos más remotos ha vivido destrozándose a sí misma y creando conflictos a las demás, como prueba el resumen siguiente de los 24 últimos sultanes (alauíes): nueve fueron destronados por su propia guardia; dos por sus hermanos: uno murió en lucha campal con otro hermano, y once de enfermedad, sin contar con que de algunos éstos se dijo que pudieron ser envenenados, y que dos de los fallecidos de muerte natural, lo fueron después del protectorado. ¿Con qué contaba Abdelkrim para la ardua empresa que se proponía?... Con poca cosa: una mentalidad enrevesada al servicio de una formación insuficiente y, eso sí, indiscutible sagacidad y conocimiento de los efectos que se producían al pulsar los resortes de la ofuscación contra quienes, musulmanes, cristianos o de cualquier otra creencia o nacionalidad, traten de imperar en su territorio, cuyas características creemos haber descrito, con más o menos acierto, pero con algún conocimiento de sus interioridades. No son precisas grandes dotes de imaginación para pensar que alguno de sus amigos de entonces debió aleccionarle; quien fuese, después de muerto Adbelkrim y acaso el aleccionador, es difícil averiguarlo.

En la prisión lee sin cesar periódicos y libros que le envían sus amigos, y escribe panfletos y planes de organización que rompe muchas veces. Recibe muchas visitas, entre otras, varias veces la de la malagueña que llega con su madre en coche de caballos.

Un día, 23 de diciembre, su criado rifeño Hosain Bunseri le lleva un gran capacho de frutas secas y hortalizas, cuyo fondo era una larga

soga que convenientemente desliada serviría para descender al exterior desde una tronera a alta hora de la noche, aprovechando algún descuido de los centinelas, muy posible por ser aquellos días de frío y fiesta de Navidad. Cuando se descolgaba, por afianzar demasiado la sujección en la almena, la cuerda resultaba corta y además se enganchó en un hierro saliente del muro y quedó el cabo a más de ocho metros del suelo. No era un gimnasta, estaba bastante grueso por los cinco meses de inacción; permaneció mucho rato abrasándose las manos, hasta que, al oír que se alertaba la guardia, soltó la cuerda. Se le recogió con la pierna izquierda fracturada, contusiones en la región frontal y erosiones en las manos. Le curaron en la enfermería del fuerte y fue después hospitalizado hasta su curación. Aunque quedó cojo, hizo muchos elogios de los médicos que le atendieron, en los relatos que hizo a cuantos han escrito sobre su vida. Volvió después de curado al fuerte, quizás entonces a Rostrogordo, mientras su padre, desesperado, tiroteó la isla de Alhucemas con algunos amigos y proyectó apoderarse de alguna pequeña embarcación de españoles para poder canjear los tripulantes por su hijo. Cambió después de táctica y, haciendo manifestaciones de afecto a España, propuso un desembarco de nuestras fuerzas en Axdir, que él apoyaría; en julio de 1916 había conseguido Abdelkrim la libertad vigilada y se le concedió un permiso para visitar a sus padres en Axdir, dejando en rehenes dos hombres de su familia. Nuevamente se le concedió otro para pasar la pascua musulmana encargándole que aconsejase a su padre el cese de sus actividades con los agentes alemanes. Algunos de sus vecinos de Axdir, instigados, según se dijo, por los franceses, atacaron su casa, y por segunda vez, la familia se refugió en la isla. Poco después regresaron. En Alhucemas se decía que aquello había sido una añaqaza para congraciarse con los españoles. En 17 de mayo del 17, fue el mayor de los de Abdelkrim, repuesto en su cargo de *Naib del Kadi Kodat* y se volvió a conceder a su hermano Mehamed la subvención que disfrutó para continuar en Madrid sus estudios de ingeniería. Tenía entonces el joven veintiún años y se alojaba y estudiaba en la Residencia de Estudiantes de la Institución Libre, de la que era Director entonces el profesor Jiménez Fraud, quien escribió: «El Ministerio de Estado le sufragaba los gastos de viaje, de la pensión de la Residencia, de la Academia preparatoria para el ingreso en la Escuela de Minas y hasta de un profesor particular, cuentas del sastre, zapatero, camiserero, etc. Estuvo en la Residencia desde octubre del 17 hasta junio del 18. Le suspendieron en exámenes de ingreso porque, aunque no era torpe y estudiaba, carecía de conocimientos básicos para estudios serios. No obstante, por gestiones de los ministros de Estado e Instrucción, en septiembre se examinó de nuevo y fue aprobado. A mediados de enero del 19 pidió permiso para marchar a su casa de Axdir y no regresó. Fue entonces cuando la familia decidió abandonar la colaboración con España y oponerse a su acción; aunque continuaron en relación con los grupos mine-

ros. Mehand era un chico agradable y cortés, trabajador y afectuoso con sus compañeros, muy vanidoso y un poco cazurro».

Abdelkrim dijo que cuando en mayo del 17 fue repuesto en el importante cargo, los españoles no se hacían ilusiones de sus sentimientos y él se fiaba sólo a medias de los españoles.

Al terminar la guerra con el armisticio de 11 de noviembre de 1918, la entrega a Francia de algunos rifeños que habían luchado con Hermán y Abdelmalek contra los franceses, hizo temer a Abdelkrim que pudiera ser objeto de tal medida; seis días después del armisticio falleció repentinamente en su despacho de Tetuán el Alto Comisario, General Gómez Jordana y, según dijo el que fue jefe del Rif a los periodistas, cuando lo supo perdió las esperanzas de que España ejerciese en su tierra un verdadero protectorado. Pidió en diciembre un permiso de veinte días para Axdir y cuando le fue concedido avisó a su hermano para que regresase de Madrid, y ya no volvieron a relacionarse con las autoridades españolas. Estaba decidida la rebeldía de la familia que pretendía dominar en el Rif. Desde enero de 1919 la actitud de los Abdelkrim ensombreció las oficinas de Asuntos Indígenas de Melilla y Alhucemas, que estaban al tanto de lo que representaba en el Rif Beni Uriaguél y de lo que podía representar allí una familia a la que nosotros mismos habíamos aupado más que nadie. Pero no vamos a poner de manifiesto, entre otras razones porque no sabríamos hacerlo, nada que pueda parecer un juicio personal sobre conductas o quehaceres de quienes se relacionaron de un modo o de otro con la rebeldía rifeña. Se trata solamente de relatar acaecimientos, y si en el relato aparecen nombres propios es porque no tenemos más remedio. Ni del propio Abdelkrim quisiéramos hacer juicios personales.

Los que se deslizan en este trabajo, más que apreciaciones deliberadas, son impuestas por la narración de hechos que creemos verídicos.

Tienen bastante importancia el momento y circunstancias, que antes se detallan, en que Abdelkrim dejó Melilla definitivamente para pasar a la rebeldía, porque en muchas publicaciones españolas —periódicos, libros, revistas y hasta afamados Manuales de Historia de varios tomos— se ha hecho referencia, hasta la saciedad, a una supuesta entrevista entre el General Silvestre y el Jefe rifeño, que aparece en muchos libros extranjeros. Figuró el *bulo* en un libro de la Biblioteca Hispana de Madrid —1921, agosto—. Decía el autor que lo había tomado de un periódico que le merecía crédito. Este autor, ya fallecido, rectificó después; pero la rectificación ha sido poco difundida, mientras la versión del libro lo fue tanto, que se lee en letras de molde en muchos países del mundo que *Abdelkrim salió del despacho del general a empujones, sangrando por la boca y narices y profiriendo terribles amenazas*.

El propio Abdelkrim lo desmintió al dictar sus *Memorias* a Roger Mathieu, libro publicado en París (1927), donde dice que fue ami-

go de Silvestre en Melilla en 1908 y que Silvestre, entonces comandante fue destinado a otro lugar y no volvió a verle más; cuando llegó a la plaza en 1920 para tomar el mando de la Comandancia General, hacía más de un año que Abdelkrim estaba en Axdir en rebeldía.

Aunque se ha desmentido la absurda especie, muchas veces que se trata del asunto suele darse por verdadera. El diario de mayor circulación de Madrid, al dar el día 7 de febrero de 1963 la noticia del fallecimiento en El Cairo del Jefe Rifeño, hacía referencia a *la dura entrevista que provocó la definitiva rebeldía*.

Varios libros extranjeros, y también publicaciones españolas, tribuyen su encarcelamiento a su odio contra los españoles. Montagne, especialista en estudios rifeños, teniente de navío francés que con el capitán Suffren fue Snada en 1936 a negociar con Abdelkrim su rendición a los franceses, dio una conferencia en el Centro de Estudios de Política Extranjera de París, en 1947, y allí habló de la violenta disputa en 1920 con el General, por la que dijo que el rifeño había sido preso, intentó fugarse, se rompió una pierna, etc., etc. Los manejos contra Francia, las quejas de Lyatey, no eran, por lo que se ve, conocidas por aquel especialista, que ignoraba también que Abdelkrim fue preso y se fugó y se rompió la pierna en el año 15 y no en el 20. ¿No es todo esto para quebrantar nuestro afán de no juzgar a las personas?... Bien, pues, a pesar de todo no lo hacemos. Hágalo el lector si quiere.

Al comenzar el año 21, la situación económica de la familia era apurada; el padre ya anciano, se había movido mucho en el campo durante el verano del 19 al tratar de proporcionarse adeptos en largas jornadas que hacía a lomo de sus mulos por la montaña; estuvo en Tafersit con unos cuantos de Beni Uriagel para tratar de convencer a los de Beni Tuzin para que se opusieran al avance de los españoles del general Silvestre, que aquel verano fue muy profundo y poco dificultoso; hacía dos años que las cosechas eran muy escasas y los rifeños no tenían ánimo para guerrear; los más útiles habían emigrado a Argelia para la siega. En septiembre, cuando llegó a su casa, el viejo falleció. Los gastos de propaganda entre los empobrecidos cabileños y la poca moderación de gastos de sus dos hijos, que acostumbrados a la vida europea se veían privado de las sinecuras y subvenciones, tan generosamente sufragadas por España y que hacía más de un año les faltaban, obligaron a los Abdelkrim a procurarse dinero.

El mando de Melilla preparaba el avance sobre Alhucemas animado por los logrados el año anterior. Abdelkrim, conocedor del propósito, en los primeros días de enero del 21 mandó a su cuñado Azarkan (*Pajarito*) a Melilla con instrucciones para la busca de dinero, donde pudiesen darlo a cambio de promesas con amplitud de miras que dejaba a los buenos oficios de Azarkan, pues él se limitó a escribir unas cartas de presentación en las que otorgaba poderes

al portador. *Pajarito* regresó a Axdir a últimos de enero o primeros de febrero. Traía una respetable cantidad en billetes nuevos de 1.000 y de 500 pesetas. Con aquel dinero organizó Abdelkrim un núcleo de 300 harqueños al mando del Hach Hamuch, Bulahia, Ched-di el joven, Mohand Budra, Moh Asdad, Fakir Liazid y Moh Buai-chi, todos experimentados en lides de guerra. En Melilla debió decir *Pajarito* que aquel núcleo era para facilitar el avance desde dentro, lo que ahora se llama «quinta columna»; a los de Axdir no les dijo nada más que, como podían ver, disponían de dinero. ¿Quién lo había dado?

En junio, el diario «Unión» de Sevilla dijo que había sido entregado al tanto de especulaciones mineras en las que se pretendía interesar a Abdelkrim, aun considerando muy problemática la existencia de minerales ricos, con vistas a facilitar la penetración pacífica en el país. El hecho de que el rifeño emplease aquel capital en crear una fuerza bélica, respondía a la necesidad de erigirse como jefe entre los suyos y poder negociar con los españoles. Posiblemente, en aquellos momentos pensaría Abdelkrim, en vista de lo que ocurría por entonces en Yebala con el Raisuni, que ni Berenguer y, mucho menos, Silvestre, admitirían la anómala situación para el Rif en que estuvo Yebala varios años gobernada por el Raisuni a quien pagaba España pingüe subvención y sostenía un cuerpo de tropa sin posibilidad de intervención alguna en su territorio ni de pisarlo siquiera ni abordarlo, ni ejercer actividades sobre su suelo, más que con su autorización, quien no fuese natural de él aunque fuera musulmán o autoridad del protectorado. Abdelkrim lo había planteado igual, con una crudeza y una rotundidad que jamás había empleado Raisuni. Y con Raisuni habían chocado primero Silvestre en Arcila y luego Berenguer en Yebala. En la primavera del año 21, la situación era tensa en el Rif porque el núcleo de 300 hombres que Abdelkrim formó no daba muestras de estar en su mano ni para ayudar a España ni para oponerse al avance. Había varios de Beni Uriaguel que aspiraban a su mandato. Como en Yebala se estaba a punto de terminar con la rebeldía, por tener Berenguer casi cercados los reductos del Raisuni, en el Rif no ocupado los competidores de Abdelkrim y éste mismo, no se impacientaban mucho en espera de las noticias de Yebala o Tetuán, y el futuro cabecilla con su hermano y sus amigos, en actitud de espera también, trataban de convencer a los *imegaren* (influyentes) de las montañas para que acataran su autoridad: Moh Abercách, Had-dú Moh Amizian, Butahar Megóh, Mesnauí, Ajamelich, Busdain..., y a los de la vecina cabila de Bocoia, entre los que todavía perduraban rencores por el apoyo que dieron veintitrés años antes a Buxta el Bagdadi en castigo de sus piraterías. Las razones de los hijos de Abdelkrim para la captación de voluntades consistían en que los vencedores de la guerra 14-18 estaban resentidos con España por su neutralidad y que les apoyarían a ellos; nuestro ejército estaba dividido por la cuestión de las juntas de defensa; la inestable po-

lítica española era incapaz de resolver una situación comprometida; Berenguer y Silvestre no se entendían y rivalizaban entre sí por su prestigio. En fin, utilizaban todo lo que decía la prensa de Madrid de aquellos días, que les mandaban desde Melilla y sólo ellos leían y podían comentar a su modo. Malos ratos pasaron en las casas del monte, donde decían estas cosas a los cabileños, que a penas las oían replicaban: «Sí, lo que queréis es mandar vosotros para vender cotos mineros a los españoles o a los alemanes que desembarcan en nuestra playa de noche para hacer tratos y embarcan antes de amanecer». En efecto, en el mes de abril estuvieron en la playa agentes españoles: Echevarrieta, Got y en una ocasión también el coronel Morales, a cuyas órdenes trabajó Abdelkrim, al que dió orden Silvestre muy a regañadientes por mandato del Gobierno. Abdelkrim, no obstante, en el mes de mayo se había ganado muchos adeptos y, como antes decíamos, no se impacientaba.

El único impaciente ante lo que ocurría era Silvestre, que ardía en deseos de resolver el problema, y dijo un día de abril a un grupo de influyentes enemigos de Abdelkrim, que fueron a saludarle a la isla de Alhucemas:

—«He llegado mareado porque no soy marino. Pronto vendré a caballo por allí... —y señaló el monte de Yub el Kama, donde montaba su guardia el núcleo que pagaba Abdelkrim.

Aquel día y el siguiente, los 300 de Yub el Kama aumentaron hasta el millar.

Cuando los que fueron a la isla a saludar al general, que eran quince o veinte, todos viejos amigos de la Comandancia del Peñón, saltaron de los carabos de regreso, esperaban en la playa otros tantos del bando de Abdelkrim, cada uno con su fusil en bandolera; charlaron, hablaron de lo que había dicho el general y los amigos de Abdelkrim fueron a contárselo a su casa. No sabemos bien lo que ocurrió aquel día; pero sí sabemos que quien unas horas antes no tuvo autoridad suficiente para evitar que aquellos hombres fuesen a saludar al general, después la tuvo para imponerles una multa que pagaron todos menos dos: Moh Abercás y Solimán, primo de Abdelkrim; los dos fueron amenazados con dureza por todos los presentes; Moh marchó a su casa de la montaña dispuesto a defenderse con sus familiares, y Solimán, cuyos parientes lo eran también de Abdelkrim y obedecían a éste, aunque respetaban a Solimán, a quien el viejo jefe y el reciente de la familia habían utilizado como guardaespaldas en tiempo anterior, recogió a su mujer, y con ella, un ligero equipaje y su fusil, embarcó en una lancha y pasó al Peñón, dispuesto, como perseveró toda su vida, a colaborar con España en la difícil empresa de pacificar y transformar su pueblo.

Abdelkrim había ganado la partida; pero todavía tenía adversarios importantes y poca confianza en que Beni Uriaguel aceptase

su mando en circunstancias críticas, cuando Silvestre había amenazado con la fuerza a una cabila donde todos los hombres significados habían expuesto varias veces su vida en luchas armadas, excepto él, que como su hermano, debían todo lo que tenían, dinero y haberes, a los españoles, y tenían concibiábulos tenebrosos con potentados europeos que les habían provisto de dinero y armas. Les parecía un contrasentido que ellos solos manejasen lo primero y nunca hubiesen manejado lo segundo en su vida de funcionarios o estudiantes. La socarronería cabileña lógicamente simplista, se frunció en sonrisas de conejo ante las peroratas hábiles de Abdelkrim, que era ingenioso, hablaba en el idioma vernáculo y mostraba actitudes más que suficientes para tratar y hasta para embaucar a extranjeros, recurso necesario en aquellos momentos que ellos, conscientes de su ignorancia, no sabrían hacer. Abdelkrim se daba cuenta de todo esto, y atando cabos, llegó a la conclusión de que necesitaba un golpe de efecto para redondear su jefatura y caldear los ánimos. Tenía que ser de tipo guerrero en aquel país, y para ello, si personalmente no preparó el zarpazo de Abarrán, porque la noticia le sorprendió en su casa, había dado orden al jefe que mandaba la concentración de Yub el Kama, situada en Tensaman, de que por todos los medios atacasen a los españoles en cuanto se moviesen en dirección de la sierra que domina la bahía de Alhucemas. Aquel jefe, que pudo ser Bulahia o Budra, estaba en convivencia con los de Tensaman, entre ellos con Amar Acarcaths, jefe de la harka de la cabila que estaba al servicio de los españoles, y dos semanas antes había colaborado en la ocupación pacífica de Sidi Dris, en la costa, y otras dos posiciones avanzadas de Annual, Buimeyán y Talilí. Una delegación de Tensamán pidió a Silvestre que se ocupase Abarrán, situada a nueve kilómetros de Annual hacia Alhucemas y a seis de la concentración de los partidarios de Abdelkrim en Yub el Kama. Otros significados le aconsejaron que no lo hiciese, y también se lo aconsejó el coronel de Estado Mayor Morales, jefe de Asuntos Indígenas, que le recordó las órdenes de Berenguer de no avanzar en aquella dirección hasta que se resolviese en Yebala la contienda con Raisuni, que estaba estrechamente cercado. Silvestre ordenó la operación que se realizó el 1.º de junio a las nueve de la mañana sin oposición; pero a medio día, cuando las fuerzas de protección llegaban a Annual de regreso de Abarrán, fue atacado por los Beni Uriaguel de Yub el Kama; la harka de Tensaman hizo defección, uniéndose a ellos, y de los soldados indígenas de una compañía de regulares y una mía de policía indígena que con una batería de montaña componían la guarnición, muchos, sorprendidos por la traición de los tensamanis y la violencia del súbito taque en escabroso escenario, hicieron también defección, o escaparon para salvar sus vidas. Murieron todos los oficiales y muchos soldados; de 250 hombres de la guarnición sólo 80 pudieron llegar a la posición de Buimeyan. Hacía años, desde 1913, las fuerzas de la Comandancia General de Me-

illa, que habían ocupado un territorio muy extenso, no habían tenido ocasión de librar combates de verdadera importancia. Lo de Abarrán, si bien sorprendió a Silvestre por el resultado, y a Berenguer además porque no estaba conforme con aquel avance, no fue debidamente valorado ni por el Gobierno ni por el mando. Alguien ha dicho que después de Abarrán entabló Abdelkrim una negociación y decía que lo ocurrido fue contra su deseo, que fue obra de los turbulentos de la harka y de que aún era tiempo de olvidar aquel hecho y pactar. Puede ser verdad; pero también lo es que a los suyos les decía, mostrándoles los cuatro cañones de Abarrán, que ya veían cómo se podía vencer a los españoles.

Cincuenta y dos días después, en Annual fuimos batidos los españoles como los italianos de Baratiere, en Adua, los portugueses en Alcázarquivir, los franceses en los pantanos de Macta, los ingleses en el Transval, y otra vez los franceses por los rifeños en el Uarga y al N. de Taza. Así, como en todos aquellos descalabros, estuvieron en peligro ciudades, se perdieron bases de operaciones, Melilla pasó días muy críticos hasta la llegada de refuerzos, y la tragedia, donde pereció con muchos jefes y soldados el bravo general Silvestre, dio pábulo a leyendas de supervivencia del que sacrificó su vida en Annual parecidas a las de don Rodrigo en Guadalete y don Sebastián en Alcázarquivir.

Como siempre que se producen reveses parecidos al de Annual en países dominados por extranjeros, se convirtieron en beligerantes todos los indígenas. Los que pasaban privaciones, que eran casi la totalidad de los habitantes porque apenas había llovido en los dos últimos años en el paupérrimo país, promovieron el desorden y la rapiña; se excitaron en tales proporciones, que los de Guelaia y otras cañilas no sólo robaban y mataban a españoles, sino también a los propios uriaglis cuando podían desvalijarles. Abdelkrim, que estableció lo que él llamaba su cuartel general en Tanut Arruman de Beni Sidel, a unos veinte kilómetros de Melilla, oyó de noche cuatro o cinco tiros; le dijeron que eran ladrones que querían robar y se alejó de todo el terreno conquistado para establecer el cuartel general en su casa de Axdír, de la que salía muy raramente hasta que la abandonó cuatro años después, cuando nuestro desembarco de Alhucemas. Así como su hermano Mehamed y los caides todos que combatían contra nosotros, eran verdaderos hombres de guerra, a Abdelkrim, cuya cojera le restaba desenvoltura física, no se le podía pedir que decidiese acciones sobre el terreno de lucha ni era ésta la misión de un conductor de la guerra; sin embargo, por los triunfos rifeños iniciales contra fuerzas españolas (1921) y francesas (1925) y por obligar a las dos naciones a realizar esfuerzos y gastos cuantiosos e incluso por el hecho de que para vencerlos se recurriese a los generales Pétain y Primo de Rivera, no es extraño que quienes no conocen las interioridades del Rif le asignen, como lo han hecho, si no una gloria militar específicamente pura, un papel pare-

cido al de nuestro Cardenal Cisneros, Churcill o Clemenceau: *mutatis mutandi*... Así se ha dicho. Lo primero que se puede argüir es que aquellas figuras son eminentes en la Historia porque proporcionaron a sus pueblos triunfos señaladísimos, que al final de sus vidas contribuyeron al bienestar y hasta la grandeza, mientras las *alharacas* (de ahí viene la palabra «harcas») de Abdelkrim, verdaderamente onerosas, terminaron con el fracaso que le obligó a dejar precipitadamente el país temeroso de las iras de sus propios contribulos y de la justicia que debió juzgarle, aunque después, sin juicio, estuvo veintiún años desterrado en una lejana isla del Indico: prolongado castigo para quien, acostumbrado al trato con españoles, acaso temiese de nosotros mayor rigor, pero no una expiación tan chichorrera, que a última hora quisieron reparar dejándole escapar.

Fue, en efecto, conductor de su guerra y también impulsor de los valerosos rifeños que la hacían; pero, dejando a un lado el resultado final, ninguna de sus iniciativas lograron lo que se proponían, que no era naturalmente que muriesen tantos hombres como murieron, sino adueñarse de Tiza, de Tifaurin, de Tizi Aza, de Sidi Mesaud, Ain Mediuna y tantos otros objetivos franceses y españoles, donde las confrontaciones habían sido tan costosas en vidas y desgaste de los valores combativos rifeños, como luego lo fueron Cudia Taha, Monte Malmusi, Bu Dara y la Loma de los Morabos. ¿Cómo se le ocurriría la idea descabellada de hacer la guerra al mismo tiempo a españoles y franceses?... No creyó nunca que ambas potencias llegaran a ponerse de acuerdo para cercarlo y atraparlo. Confió en que su sagacidad le valdría para interponerse entre dos naciones europeas y enemistarlas. Lo ocurrido en el Rif hasta julio de 1925 resulta, en su desarrollo, difícil de comprender. Abdelkrim no intuyó entonces el claro y lógico final.

El ataque de Abdelkrim contra los franceses se produjo después de nuestra retirada de Xauen. Estas operaciones —las de retirada de Xauen— fueron mucho más costosas y sangrientas de lo que creyó Primo de Rivera y tuvieron derivaciones insospechadas. Obedecían a un plan de agrupación y empleo racional de fuerzas, que al fin se consiguió. Nuestras tropas estaban en aquel momento firmemente establecidas en la zona de Melilla y en la de Tetuán, en la llamada *línea Primo de Rivera*, y había sido dominada la cabila de Anyera, que Abdelkrim había conseguido sublevar creando una crítica situación. Primo de Rivera, que había llegado de Madrid, donde había estado después de la retirada, se encontraba en Tetuán atento a la pacificación de Anyera y dedicado a consolidar *su línea* mientras hacía proyectos para el futuro, sin renunciar a su idea de buscar soluciones pacíficas.

En este momento, 13 abril, se desencadenó al ataque rifeño contra los franceses en la línea del Uarga. Abdelkrim estaba más fuerte que nunca porque su hermano había levantado casi toda Yebala y había apresado al Raisuni, que no le atacó cuando se vio sin nuestro

apoyo. A finales de junio los rifeños habían expugnado 48 de las 66 posiciones del frente del Uarga, destruyeron el aeródromo de Ain Mediuna, donde los rifeños, el año 19, habían librado duros combates en los que se apoderaron de muchos fusiles *Lebel*, que después utilizaron contra nosotros en Abarrán y en Annual. Como secuela del ataque inicial, las cabilas del valle del Uarga y las de N. de Taza, como había ocurrido en nuestra zona en los años 21 y 24, se unieron a los rebeldes y éstos llegaron hasta un punto que distaba treinta kilómetros de Fez. Los franceses, que tantas veces habían dicho que los acontecimientos que ocurrían en zona española no era posible que ocurriesen en la suya, tuvieron que evacuar las poblaciones civiles de Uazán y de Taza y tratar de conjurar el peligro que se cernía sobre la doble comunicación de Marruecos con Argelia, que comprometía la seguridad de lo más firme de sus entonces dilatados dominios africanos. El mariscal Lyautey fue relevado en el mando militar, aunque quedó como Alto Comisario; quedó mandando el General Naulin y el Mariscal Pétain llegó como inspector general. El Mariscal y nuestro General Primo de Rivera se entendieron perfectamente después de haberse entendido los dos Gobiernos. Era en el momento de apogeo de Abdelkrim, según sus panegiristas; pero éste vislumbraba su perdición; trató de hacer pactos separados con franceses y españoles. Primo de Rivera despejó la situación cuando recibió un día de julio a los agentes del jefe rifeño y les dijo, amable, pero firmemente, que cualquier pacto tendría que ser tripartito. Para la resolución final, esta declaración tuvo un valor extraordinario porque se obstinaban en el reconocimiento del Rif como Estado soberano, y esto se oponía a todos los tratados internacionales relacionados con Marruecos, además de representar un peligro para la tranquilidad del Mediterráneo. Briand, Paialevé y Pétain tampoco cedieron.

El día 8 de septiembre de 1925 se hizo irreprochablemente el desembarco de Alhucemas. Las fuerzas de las primeras oleadas iban al mando de Franco, que era el coronel del Tercio, tenía treinta y dos años y fue ascendido a general. El día 10 del mismo mes, los franceses, que habían contenido a los rifeños, recuperaron los puntos clave de la línea del Uarga con muy escasas pérdidas, y en los días sucesivos, hasta el 15, adelantaron algunas posiciones de los antiguos frentes.

Los rifeños que combatieron en el Uarga dijeron que el día 9 les había llegado la noticia por teléfono del desembarco, pues tenían montada una línea desde Targuist, donde había una centralilla que comunicaba con Axdir (135 Kms.). Después lo oyeron a rebeldes de zona francesa que lo habían leído en un periódico de Fez. El efecto fue fulminante: los uriaglis corrieron a Alhucemas y allí no quedaron más rebeldes que los del país, frente a un ejército francés, abandonados con sólo sus propios medios prácticamente nulos.

Nuestra acción militar se había prolongado demasiado a conse-



El alfaquí Si Abdelcrim con su hijo Mohamed, ya cojo éste a consecuencia de la caída que sufrió al intentar evadirse del Fuerte de Cabrerizas. La foto debe ser de 1917 o 1918.



Esta es la foto más divulgada de Si Mohamed ben Si Abdelkrim El Jatabi, en la que el antiguo jefe de la independencia del Rif aparece en la plenitud de su belicosa cuarentena.

cuencia de una inconveniente dosificación de esfuerzos, directamente ligado todo ello a la inestable situación política de la metrópoli, aparte de otras razones que no vamos a analizar. Nos limitaremos a dar algunos datos.

En los primeros veintitrés años de nuestro siglo, que fue cuando se debatieron las arduas cuestiones de Marruecos, tuvo España 32 Gobiernos que obraron al dictado de, por lo menos, otras tantas concepciones políticas en su actuación. Desde 1913 a 1925, primeros doce años de protectorado, 11 altos comisarios (uno no se posesionó del cargo aunque actuó desde Madrid), se enfrentaron con los problemas; fueron Alfau, Larrea, Marina, Gómez Jordana, Berenguer, Burguete, Villanueva, Silvela, Aizpuru, Primo de Rivera y Sanjurjo. En todo ese tiempo, en la zona francesa hubo sólo uno, Lyautey, que realizó una labor, conocida por su eficacia, en un territorio diecinueve veces mayor que el nuestro, aunque hay que señalar que donde mayores escollos encontró desde que empezó a mandar fue en el Rif o sus aledaños; su primera campaña fue contra los rifeños Beni Esnasen (1907), su primer contacto; y en el Rif fue donde encontró mayores dificultades para mantener la tranquilidad durante la guerra europea, y donde finalmente, tuvo que dejar el mando en 1925.

El Rif ha sido siempre un *avispero*, como el mismo mariscal decía; lo fue incluso en la antigüedad. El itinerario de Antonino no indica ninguna ruta terrestre a lo largo de la costa, y según se lee en «Revue du monde musulman» tomo XVI el trayecto de Tingis (Tánger) a Malua (Muluya) se hacía por mar, porque la región era tan montañosa y difícil, que los romanos renunciaron a su colonización.

Durante la dominación árabe, con el largo paréntesis del agitado principado de Nekór, cuya capital destruyó para siempre el caudillo almoravide Yusuf Texufin, y quizás algún tiempo de los almohades y merinidas, siempre había sido tierra insumisa. En Gueznaia, controlada por franceses, estalló la guerra de guerrillas que en 1955, tanto influyó en la independencia de Marruecos y, en el año 58, los Beni Uriaguél se rebelaron y obligaron al príncipe Hassan, ahora rey, a hacer un nuevo desembarco en Alhucemas; el intento de reducir la rebelión con 2.000 hombres atravesando las montañas, resultó fallido, y el desembarco, tuvo un rápido éxito. El castigo fue adecuado, pero según Woolman, autor del libro «Abdelkrim y la guerra del Rif» (Tau-Barcelona-1971), el Rif se considera todavía como la parte más inestable de Marruecos.

Nuestro desembarco fue sin duda operación indispensable y decisiva para la pacificación del Rif; pero se hizo necesario, en vista de que los rebeldes no se rendían y Abdelkrim conservaba todavía fuerzas que se mostraban dispuestas a emplearse, dejar pasar el invierno, para operar en las montañas hasta cercarlo. Esto se hizo en mayo del año siguiente, y no en abril, como se pensaba,

porque Abdelkrim inició una serie de tentativas de parlamento, la última de las cuales fue aceptada por Francia y España. Se celebraron varias conferencias en Camp Berteaux y en Uxda hasta el 6 de mayo, día en el que, por no ceder el rifeño en su pretensión de la independencia del Rif, se declararon rotas las negociaciones. El día 8 empezó el avance en los frentes. Anuladas las resistencias, que fueron duras para algunas columnas españolas, singularmente para la que salió de la cabeza puente que se constituyó después del desembarco, al ver que lo cercaban estrechamente los españoles, se refugió con su familia en la *Zamia* (residencia de carácter religioso) de Esnada y mandó un aviso a los franceses; después escribió sendas cartas a los comisarios franceses y español. El capitán Suffren y teniente Montagne, con una reducida escolta, fueron en su busca y le condujeron a Targuist antes de que pudiesen surtir efecto las cartas. Lo que había ocurrido era que al verse ya perdido, trató de ganar la costa, donde le esperaba un falucho para embarcar con su familia y su equipaje; pero temía la actitud poco tranquilizadora de los de la costa, cuyo caíd había tenido preso, y pensó entregarse a los franceses en lugar de refugiarse en Gibraltar, como pensó en principio, haciendo la travesía de noche, aun corriendo el riesgo de un encuentro con barcos de guerra que vigilaban por la posibilidad de que emplease alguna lancha motora. Todo menos entregarse a los españoles, que venían a sus alcances, porque en los últimos días habían muerto todos los oficiales y muchos soldados nuestros de los que tenía prisioneros; de los franceses quedaban más, aproximadamente la mitad de los capturados hacía un año, si se prescinde de los senegaleses, por que de éstos, más de 200 habían muerto todos, excepto media docena, que por tener habilidad en reparación de armas resultaban útiles.

Los detalles de la rendición no caben en el marco de este trabajo. Abdelkrim y los suyos debieron haber sido entregados a la jurisdicción de nuestra zona.

Un diario francés, «Le Nord Marocain» (23 abril 1926), dijo: «En definitiva, es al jalifa de Tetuán a quien se ha de someter Abdelkrim». Aunque él fue a buscar tropas francesas, éstas operaban en zona española en una acción de colaboración militar y carecían de potestad y autoridad para destacar sesenta kilómetros a dos oficiales con reducida escolta y amparar al jefe rebelde, sin hacérselo saber al mando español, y mucho menos a quebrantar el poder jurídico, que según los tratados internacionales, independientemente del movimiento de los ejércitos, estaban asignados al jalifa de la zona encomendada a España.

Según los tratados y pactos que regían entre Francia y España, podrían acumularse los cargos que Francia o el Sultán tuvieran contra el rebelde, pero el proceso debió substanciarse, fallarse y sancionarse en zona española. Los franceses trataron de dar una explicación a las transgresiones diciendo que Abdelkrim les prometía en-

tregarles los prisioneros franceses y españoles que tenía, entregándose él en seguida, y el coronel Corap lo aceptó inmediatamente por tratarse de una cuestión de humanidad. Los prisioneros franceses eran 172, y ya dijimos los que habían perecido en un año. Había entre ellos siete graduados, oficiales o suboficiales; los españoles eran 105 de tropa, dos mujeres y cuatro niños.

Si tenemos en cuenta lo que era el teatro de aquella guerra y la versatilidad típica de aquellas gentes, que excitadas por acontecimientos tremebundos son capaces de cualquier exceso irreparable, se encuentra, sino aceptable, explicable al menos, la decisión de Corap; no lo es, sin embargo, que Abdelkrim fuese recibido con un sonar de clarines y cornetas, un «*¡garded à vous!*» y un apretón de manos del general de la división: Pudieron haberse ahorrado la ceremonia que terminó con un gesto, nada ceremonioso aunque muy rifeño, el caíd Medbóh de Gueznaia quien al pasar ante él, el cabecilla, se despojó del turbante, lo arrojó al suelo, y pidió justicia para el causante de tanta desdicha, dijo, para su pueblo.

David S. Woolman en su libro ya citado, bastante imparcial y bien intencionado, aunque con algunos errores, a pesar de que hace elogios de Abdelkrim, del que dice que «fue un gran reformador como líder militar», que «las tribus le aceptaron como hombre dotado de grandes conocimientos, brillante soldado y jefe cosechador de éxitos sin precedentes» y que «le admiraban, respetaban y temían, pero no era amado por su pueblo» (pág. 162). «*La mayoría de sus súbditos se hallaban resentidos por su actitud cada vez más tiránica*» (página 232), añade que tras varios atentados contra su vida mantenía en secreto su paradero, que la gran masa de sus súbditos jamás le vieron en persona, pues eran raras sus apariciones en público.

Como hombre de guerra ya se ha dicho, personalmente, no lo era. En el Rif se habla de muchos guerreros valerosos y hasta se cantan hazañas de Mohan Amezian, el caudillo de la guerra del Kert en 1912; del Hach Amar de Metalza, de Burrahail, de muchos uria-glis: Al-luch el Asisi, Budra, Aberkarch, Hadú Moh Amezian, Chaib Hamadi, Chaib Yacubi de Tensaman y de Mehámed, el hermano del cabecilla, del que ya dijimos que además de ser valeroso era, por sus buenos sentimientos e inteligencia despierta, la figura más relevante. Del que se llamó *Emir*, aunque al nombrarle los rifeños decían: *Mmis n' Abdelkrim (hijo, en rifeño mmís)* a secas, se decía que sólo dos veces cargó el fusil para disparar contra el enemigo: el día del desembarco, que salió de su casa y no disparó porque no llegó donde estaban los españoles, y en Targuist, a primeras horas de la noche del 23 de mayo del 26. Estaba en un poblado de Beni Uriaguel próximo, no sé si en Tismorent o en Tammarcalt; allí oyó reproches y, en un momento de irritación, tomó el fusil, partió seguido de mala gana por los que estaban con él. Creyeron algunos que iba a buscar la muerte, pues había escapado del cerco de los españoles la noche antes y aquel día habían ocupado la *mehacama*

(puesto de mando) que tenía en Targuist los *gumiers* (caballería indígena) de los franceses. Se parapetó en unos riscos que dominaban la llanura, disparó cinco tiros del cargador del *Mauser* a más de 2.000 metros de la que había sido su mehacama y, sin esperar el resultado, montó precipitadamente en una mula y se fue a Snada, desde donde mandó un propio a los franceses para que fueran a buscarle.

Ya sabemos el recibimiento que le hicieron. En Targuist esperó la llegada de las mujeres de la familia y de sus hijos, tres varones y una niña; se les unió su hermano con sus dos chicos más y todavía hubo que esperar a que llegase la impedimenta que iba viniendo, poco a poco y con precauciones, para no ser robada: alfombras, baúles, cajas pesadas, muebles, material sanitario, víveres para mucho tiempo, ropas, menaje de cocina..., y hasta la cama de matrimonio de Abdelkrim: 270 mulos de trenes regimentales franceses. En buen número de ellos iba el tesoro de la *Dul-la el yemauria er-rifia* (confederación de aljamas rifeñas) y los tesoros particulares de las 27 personas que componían la expedición, todos en duros españoles que sonaban en las cajas al paso de los mulos por los senderos pedregosos con un ruido capaz de enloquecer a los cabiledos de Beni Am-mart y de Gueznaia, dos caídos, en total cuarenta kilómetros que había que atravesar, cuyos caídos, Mohand Tieb y el Medbóh, habían estado presos bajo el mando de Abdelkrim. Cuando el convoy se puso en marcha para recorrer aquella distancia hasta poder cargar en camiones y llegar a Taza, dos batallones de escolta le parecía poco al ex cabecilla; tuvieron que ir tres, al mando del teniente coronel Giraud, el que compartió, siendo general, con de Gaulle el mando de la Francia libre, dieciséis años más tarde.

Los duros de las cajas eran seguramente de los que Horacio Echevarrieta entregó por el rescate de los prisioneros del año 21, comisionado por el Gobierno español, en enero del año 23. Los 560 supervivientes concentrados en Axdir en los últimos días de junio del 21, se redujeron a 326 y costó el rescate 4.000.000 de pesetas. De los que habían muerto, algunos habían sido por intento de fuga, otros por represalias de avances o acciones de aviación, y la mayoría de tifus exantemático, malos tratos y falta de nutrición. Creemos que los duros del convoy eran de los del rescate porque nos dijeron que, al caer un mulo y romperse una caja, Azarkan (*Pajarito*) repartió algunos duros entre los soldados de la escolta, que los recogieron y eran como si fuesen recién salidos de la fábrica. Durante la rebeldía, como desde hacía muchos siglos, en el Rif la unidad monetaria era la española, los pagos que hacía el cabecilla a sus tropas y funcionarios eran en papel moneda y ésta era la que corrientemente circulaba en el interior; pero cuando percibían dinero del exterior, exigían billetes nuevos y preferentemente plata. Circulaba poquísimos dinero hassani, papel moneda de francos, libras, chelines,

escudos, etc., que se valoraba según el caótico criterio de los agiotistas que por allí se movían y recalaban principalmente en Tánger.

Un tal Gardiner, inglés, que decía tener poderes de un grupo financiero británico, propuso a cambio de concesiones monopolísticas, cuya sola enumeración producía asombro en aquel Rif de 1923, la creación de un Banco Rifeño que emitiría papel moneda. Abdelkrim años después no quería hablar sobre aquello, de lo que no guardaba buen recuerdo. En playas andaluzas de Estepona aparecieron fardos de billetes rifeños hechos en Inglaterra, que habían sido arrojados al mar en la costa de enfrente.

Otro inglés, Gordon Canning, que hacía furibunda campaña anti-española en «Westminster-Gazzete» aparece también como agente financiero y emprende una serie de viajes y gestiones de paz que dan la sensación de que se trata de un hombre lunático; en el año 27 se oscureció para el mundo durante cerca de veinte años, y pocos meses después de terminar la última guerra mundial fundó en Inglaterra una secta religiosa que tenía por profeta a Hitler, compró en Alemania un magnífico busto del Führer, y él con unos cuantos le rendían veneración. Otros muchos aventureros y negociantes de diversas nacionalidades visitaron y estuvieron relacionados con Abdelkrim durante su rebeldía. Algunos hicieron muy importantes contrabandos de armas. Gardiner, según dijo el cabecilla, le prometió aviones, cañones, barcos, fábricas..., pero sólo le llevó 16.000 fusiles que embarcó en Hamburgo en su yate *Silvia* (1). Los Mannesmann, durante la primera guerra europea, introdujeron muchas armas en Málaga (9 diciembre 1915) se descubrieron 2.000 carabinas y 200.000 cartuchos que enviaban al Rif. También en Madrid se descubrieron expediciones que la embajada alemana iba a enviar. Los barcos ingleses *Silver Crescent* y *Star and Stela* hicieron contrabando de armas durante algún tiempo por cuenta del grupo financiero inglés. El resultado de desarme en el Rif hasta 1929 fue: piezas modernas de artillería de campaña, 130; ametralladoras, 284; fusiles, 69.915; armas cortas y espingardas, 7.337; morteros de infantería, 30. No es aventurado suponer que Abdelkrim llegó a contar con 80.000 fusiles. Concertó la compra de cuatro aviones, de los que sólo llegó uno en vuelo; no pudo prestar servicio porque lo destrozó una patrulla de aviones españoles en Ismoren (Bocoia).

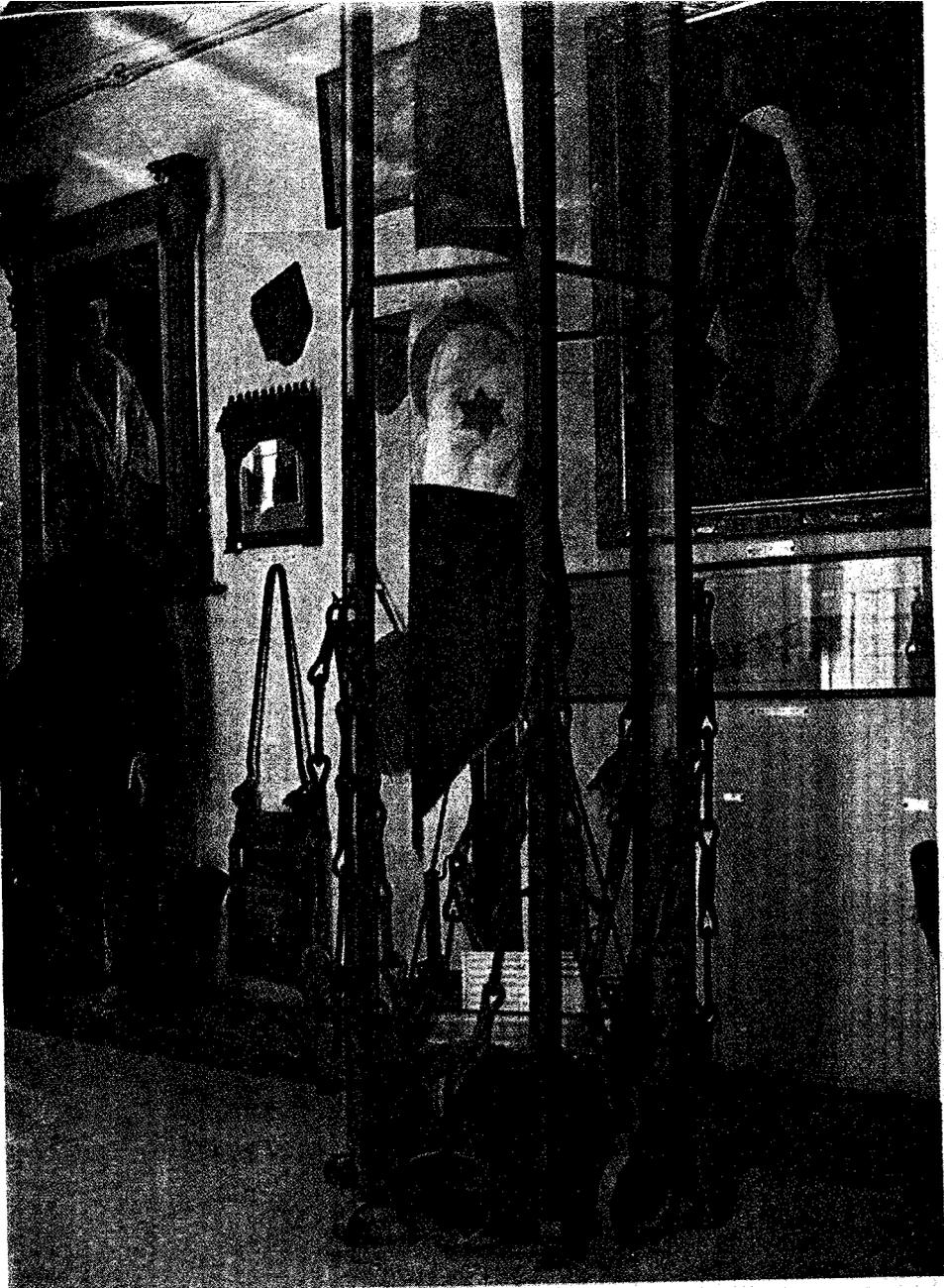
Tuvieron tres autos comprados en Argelia, que llegaron a Axdir por tierra después de ímprobos trabajos de pista en las montañas. Los compró carísimos, ya usados, el caíd Hadú el Kahal, un aventurero que cuando era muy niño, en 1898, había abandonado Bocoia con su familia huyendo del castigo que infligió a Bocoia por piratería Buxta el Bagdadi; criado de un francés, Mr. Say, que quiso emular en Africa las grandes empresas colonizadoras de América y fundó un pueblo, junto a la desembocadura del Muluya que se llamó Port Say, Hadú tuvo

---

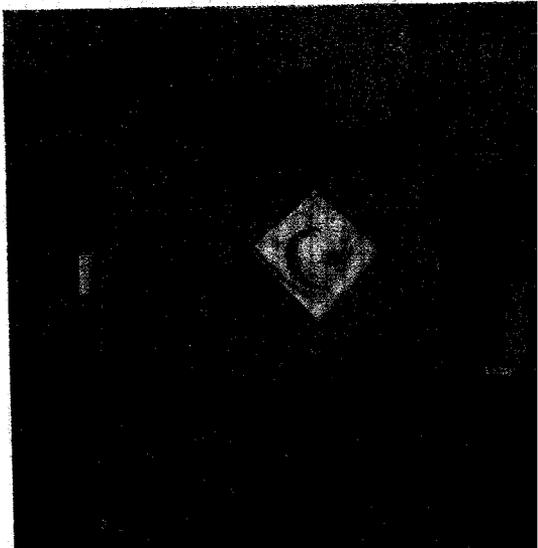
(1) Era un antiguo cazasubmarinos con diez hombres de tripulación.

en aquel pueblo un café con el significativo nombre de *Los Piratas*. Hablaba perfectamente varios idiomas y, aunque no se fiaban mucho de él, hizo durante la rebeldía de enlace con los franceses, a quienes engañó muchas veces. Fue uno de los representantes del Rif en la conferencia de Uxda y aconsejó a Abdelkrim que se presentase a los franceses; después lo delató como asesino de su hermano. Murió en Mogador en 1950.

Abdelkrim y su hermano, con los miembros de su familia, permanecieron veintitún años en La Reunión, isla del Indico (700 kilómetros al E. de Madagascar, 2.580 kilómetros cuadrados, clima tropical, riquezas agrícolas y forestales). Allí vivieron en una hermosa finca; estudiaron sus hijos y envejecieron, sin duda con la esperanza de volver a su tierra. Fue tratado como un príncipe vencido, y en 1947 los franceses decidieron acceder al traslado de toda la familia a Francia, como habían pedido al considerar que no parecía posible su vuelta al Rif. En Francia se disputaban varias ciudades el privilegio de ser residencia de los que consideraban como interesantes personajes ya históricos, pero válidos todavía para esa literatura sensacionalista tan del gusto de los franceses y de muchos que no lo son, y ¿por qué no? también como atracción de turismo. España, con quien no se contó para el cambio de lugar de confinamiento, lo consideró como una violación más del acuerdo franco-español y exigió que se señalase el lugar de confinamiento al E. del Ródano. El comisionado por el Gobierno francés para preparar la futura residencia era Mr. Gabrielli, antiguo *Contrôleur* de Taurirt, verdadera puerta de acceso al Rif, como él decía. Gabrielli falleció en 1950 en Rabat. Dejó un libro «Abdelkrim et les événements du Rif», Ed. Atlantes, Casablanca 1953, del que tomamos los datos que extractaremos, con algunas precisiones nuestras. Se eligió para Abdelkrim una lujosa residencia en la Costa Azul, que está diez kilómetros al O. de Niza en Villeneuve-Loubet, y se alquiló en 500.000 francos por año; se hicieron, empleando prisioneros alemanes, importantes reparaciones, y *Galeries Lafayette* se encargó de amueblarla: dos millones; se dotó a la residencia de reserva de víveres para un mes, y todo ya perfectamente preparado, cuando no faltaba más que la llegada a Marsella del *Katoomba*, barco panameño donde había embarcado la expedición... hélas! el *Katoomba* llegará sin Abdelkrim y sus familiares, que han escapado en Port Said, donde hizo escala el navío y han ganado El Cairo... Dice Gabrielli que la noticia sensacional le llenó de estupor, que el barco panameño era un navío singular con tripulación griega; que la vigilancia francesa debió ser discreta —demasiado discreta, añade— y no se explica cómo no se utilizó un barco francés para un viaje de aquella importancia. Cuenta después los apuros que pasó para cancelar el contrato de alquiler, para devolver los muebles a las *Galeries*, para vender los víveres... y termina diciendo que a su vuelta a Marruecos, algunos sarcasmos amistosos saludaron su lle-



La bandera de la «República del Rif» (*Yumaaríá Rífíá*), tal como se conserva en el Museo del Ejército. Es de tela de seda roja, contorneada por flecos de oro. En su interior el rombo blanco que enmarca un menguante verde y la estrella salomónica del mismo color. Mide 1,58 de largo por 1,12 metros de ancho. Las cadenas que penden de la vitrina sirvieron para atar a prisioneros españoles y franceses. (Foto Sánchez Díaz.)





1958. —Recepción en la Embajada del Irak en El Cairo. De izquierda a derecha: de espaldas, con turbante blanco, Si Mehammed ben Abdelkrim, que mandó la Harca del Rif; Emir Abdeláh del Sultanato de Omar; Embajador de Túnez en Egipto; El Hach Amin El Husein, Gran Mufti de Jerusalén; Abdelkrim El Jatabi y el Agregado Militar a la Embajada de España en Egipto. A Abdelkrim le besa con unción un emigrado de Palestina, mientras otros dos palestinos charlan con el Gran Mufti

gada. Gabrielli lo dice entre líneas: los franceses le dejaron escapar.

Desde su llegada a El Cairo, dice después el *contrôleur*, el antiguo jefe rifeño se dedicó a frenéticos ataques, declaraciones incendiarias y amenazas brutales contra Francia; admite la posibilidad de que Ben Abud, líder nacionalista de la zona española, diese la mano al rebelde para escapar del *Katoomba*, porque *ciertos aspectos de la política española de la época no lo hacen imposible* (1). Fuesen los que fuesen, aquellos aspectos, no parece hábil ni oportuno pulsar esa tecla discordante, cuando cuatro páginas antes había dicho Gabrielli que él se preguntaba cómo el Gobierno francés había podido tomar la decisión de utilizar un navío panameño para un viaje de tal importancia y cómo la marina francesa aparecía reducida a tal indigencia que dio lugar a que se produjese ruido en las cancillerías sin que en la aventura el prestigio de Francia apareciese engrandecido.

Abdelkrim falleció en El Cairo el 5 de febrero del año 63 a los ochenta años; durante los dieciséis que permaneció en Egipto hizo todo el daño que desde allí podía hacer a Francia, y en octubre del año 50, víspera del debate de la cuestión española en la ONU, a todos los delegados y periodistas fue repartido un escrito, por él firmado, argumento para que se votase en contra de España; todos los países árabes votaron a favor. En 1960, tres años antes de morir, según Woolman, reveló que había experimentado un cambio total en sus sentimientos desde 1920, cuando declaró que su único enemigo era España. Y siguió con esta afirmación: «Mi lucha es contra Francia».

Mehamed regresó a Marruecos en septiembre del año 1967 con intención de pasar en el Rif los últimos años de su vida; aguardaba en Rabat a que llegasen de El Cairo familiares y bienes, cuando sufrió un ataque al corazón y murió en el hospital. Su cuerpo fue transportado a Axdir, donde se le sepultó con honores. Muy distinto de su hermano, se hizo querer de su pueblo, reprobó muchas veces la crueldad de aquél llamándole en una ocasión *salvaje* (en castellano), en presencia de su madre, y en otras llegó a amenazarlo. Aunque nos combatió, por ser el verdadero caudillo militar, habló y trató a los prisioneros con respecto. Aunque enérgico; entre los suyos fue un mirlo blanco.

\* \* \*

---

(1) En una interpelación que se produjo en el «Coloquio Internacional de Historia y Sociología. Cincuentenario de la República del Rif», del 18 al 20 de enero de 1973, en París, dijo un testigo presencial que Abdelkrim no quería abandonar el barco para desembarcar en El Cairo, y que costó mucho convencerlo para que lo hiciera.

(Nota del Teniente Coronel Sánchez Díaz, que participó en el citado Coloquio).

Vamos a hacer unas consideraciones finales sin ánimo de que lo que decimos sea incontrovertible, pues se trata de apreciaciones personales y de sentimientos que, contenidos mucho tiempo en la mente, salen ahora un poco forzados por esta válvula de expansión.

Dejemos a los historiadores y filósofos de la Historia que discutan sobre las razones, las causas y efectos de nuestra actuación en Marruecos durante la primera mitad del siglo xx. Muchos de los que allí actuábamos, lo hacíamos convencidos de que valía la pena hacerlo, fuesen las que fuesen las vicisitudes, porque nos obligaba la vecindad ineludible de los dos pueblos; los españoles no podíamos ver con indiferencia cómo otras naciones se interponían peligrosamente, dificultando las convivencias y en ocasiones perturbando pugnas que entre España y Marruecos se suscitaban. Acabábamos de perder los últimos dominios que nos quedaban en las tierras descubiertas cinco siglos antes por nosotros y por nosotros colonizadas con métodos que, a pesar de la leyenda negra, no debieron ser tan dañosos como se ha dicho cuando la dominación fue más duradera que la de otros pueblos; y ahora, al cabo de casi seiscientos años, quedan millones de representantes de razas aborígenes que son libres y hablan español; mientras, en tierras colonizadas por otros, los que no fueron exterminados, viven todavía apartados de los colonizadores. Cuando comenzó el siglo, decíamos, eran los tiempos de las «doble llave al sepulcro del Cid»; en España nadie pensaba en colonizaciones de tierras y menos de tierras de moros; se habla sí, de colonizar Extremadura y Castilla, que como irónicamente se decía, con razón, nadie se ocupaba de colonizar. Se dijo que la guerra del año nueve había sido originada por el asunto de las minas del Uixan, en las que estaban interesadas las casas de Figueroa (Romanones) y Comillas. El chispazo se produjo en los mismos, es cierto; pero también lo era que en las proximidades de nuestras plazas de Ceuta y Melilla habíamos tenido muchas guerras, como la del año 93 y la de los 59-60 del pasado siglo, por ofensas inferidas por los moros vecinos a los fuertes exteriores de los campos, y que durante siglos en la costa de Africa, del Mediterráneo y del Atlántico, sólo España y Portugal habían contenido constantemente con sus soldados, sus fortalezas y sus armas, el peligro que representaban moros y turcos tan cerca de Europa, y en el mar sus empresas famosas de piratería. Los militares a Africa, se decía, van, como fue la gente a América, en busca de riquezas. No sería extraño que alguno lo haya hecho; pero los resultados no han debido ser casi nunca positivos. En el Archivo de Simancaş (Estado, legajo 1534), obra una carta de don Iñigo de Velasco y Pacheco, fechada en Hona (Argelia) de donde era Gobernador en 26 abril 1534; está dirigida nada menos que al Emperador Carlos I, y dice: «...cuanto más quiero que sepa Vuestra Majestad que esto no es el Perú, donde hay oro y perlas en las cabalgadas; aquí no hay más que turcos y moros...». ¡Los militares africanos! ¿Cuántas y qué clase de especies se han vertido sobre to-

dos ellos sin discriminación?... Los más han hablado y han escrito a sus jefes y hasta al rey, como en esta otra carta del conde de Alcaudete (Archv.º Simancas-Estado, legajo 463)-1535:... «Suplico a Vuestra Majestad que pues, yo cumplo lo que se me manda, arriesgando cada día la vida, la hacienda y la honra en su servicio, sea servido de mandar cumplir conmigo lo ordinario que se me ha prometido para la defensa de estas plazas de manera que baste para asegurar las vidas y las honras de los que aquí estamos, y mande Su Majestad que se tenga mas respeto a esto, en que tanto vá, que al interés de los mercaderes...». Viniendo ahora a los tiempos de Abdelkrim, que siempre hablaba en sus propagandas de los colonialistas y de los militares ambiciosos, no hay más remedio que recordar que pasó de funcionario pobre en Melilla a ser casi un potentado, entre 1908 y 1909, antes de la campaña de julio de este último año, asesorando a las compañías mineras sobre títulos de propiedades que se habían de expropiar, y más tarde a potentado con el cortejo de fracaso y desgracias.

Cuando en 1909 se produjo la agresión a los obreros de las minas, que dio origen a la guerra de aquel año, hacía ya tres que se había celebrado la conferencia de Algeciras (1906), convocada a raíz de una visita del Kaiser a Tánger, para evitar entonces la guerra europea. En Algeciras se reunieron representantes de todas las naciones europeas, de Rusia y EE. UU., y de allí salieron acuerdos relativos a Marruecos sin consultar al sultán Mulei Abdelazis, que era quien por indicación del Kaiser había convocado la Conferencia. Si de Algeciras no salió el tratado de protectorado, que fue posterior, año 12, en realidad fue donde se decidió la intervención de las naciones en Marruecos. En aquellas circunstancias, desentenderse España de la puerta de Africa, hubiese sido un desatinado contrasentido geopolítico, y, para todas las naciones interesadas, como si en una masa coral faltase una de las cuerdas fundamentales. En suma, España estuvo presente en la zona de Marruecos que se le asignó para evitar que estuviesen allí otros, y por no renunciar para siempre al concierto de las naciones, desafinado concierto sin duda, en el que los militares, como tales, nada tienen que decir; como no dijeron nada más que: ¡*está bien!* cuando en los tratados de Algeciras y de Madrid (1912), se decidió la intervención de Marruecos.

Esta intervención no la deseaban los gobiernos españoles. En 1902 era jefe del Gobierno don Francisco Silvela. Acaba España de perder en el tratado de París sus posesiones ultramarinas y Silvela no era partidario de aventuras colonialistas, pero era un hombre de estado español, sensible e inteligente, y cuando León y Castillo le dijo aquello de *Europa intervendrá en Marruecos con nosotros o sin nosotros, y en este caso, contra nosotros*, cedió ¿Equivocado? Mayores equivocaciones se han visto, y estamos viendo y veremos, si ios no lo remedia.